

EL ORIENTE



J. OPPEL, Lit.

Manila, Escolta 37.



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA DE CIENCIAS

LITERATURA, ARTES, INDUSTRIA, COMERCIO, NOTICIAS, ETC.

Director.—D. ANTONIO VAZQUEZ DE ALDANA.

Año III.

Manila 18 de Febrero de 1877.

Núm. 8.

SUMARIO.

TEXTO. Revista general, por Don Francisco de Paula Entrala.—Los grabados.—La lengua Castellana desde su origen hasta nuestros días. (Inédito) por el M. R. Padre Fr. José Torres.—El Comercio en Filipinas. XX, por D. Javier de Tiscar y Velasco.—Ciencia Prehistórica.—Cervantes y Colon, por Federico Hernandez y Alejandro.—La Cruz de la Hermita, por Federico Pagés.—El Japon.—Don Juan Tenorio, por El Marqués de Valle Ameno.—La Judía de Toledo.—Leyenda histórica (Segunda parte), por D. Antonio Vazquez de Aldana.—Ajedrez Solucion al anterior.

LOS GRABADOS. El V. Martir, Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Valentin Berrio-Ochoa, Obispo Centuariense y Vicario Apostólico del Tunquin Central.—Teatro de Arroceros (Manila).—La Pagoda de los cinco pisos y antigua fortaleza de Canton.

REVISTA GENERAL.

La verdad es, que el drama *D. Juan Tenorio* tiene sobre todos los demás de su género, el privilegio esclusivo de parecer siempre bello, siempre nuevo, siempre original y magnífico. El público conoce sus situaciones y las desea sin embargo. El público sabe de memoria sus versos y los espera con ansia. Es el único drama, quizás, en que cada uno de los espectadores quisiera ser un *D. Juan* para representar el papel de protagonista al finalizar la funcion.

Cuando cae el telón, despues del último acto, cada espectador sale di-



EL V. MARTIR, ILLMO. RMO. SR. D. FR. VALENTIN BERRIO-OCHOA.

ciendo algun verso de la obra.

El padre frunce el ceño bajo su sombrero de paja: aprieta el nudoso palasan á guisa de espada, y mientras baja una tras otra las escaleras del coliseo en direccion á la calle, esclama.

¡Imbecil tras de mi honor
Que os rohan á vos de aqui!

¡Qué bien! Como mi hija Mariquita continúe mirando á aquel subterfugio que la lleva merengues de fresa, y la llama «paloma» en sus cartas y se permite pasearla la calle en una carrromata alquilada... la mato y mato á su madre y reviento á su tia y echo á las criadas de casa y

¡Imbecil! tras de.....

Es magnífico! lo mismo diria yo si me encontrase en situacion semejante. Por supuesto *El Comendador* tiene el olfato de un perro de caza... porque á no ser por el olor, no comprendo como puede acertar que el papel arrojado sobre el suelo es una carta... que la carta debe ser de *D. Juan* y que... pero el «imbecil... el imbecil es un grito magnífico».

Y el novio enamorado y solícito, pone el abrigo sobre los hombros de su bella adorada:

sale con ella del palco con el cuidado de no pisarle la cola, establece el tacto de codos y mientras la dá el brazo y la mira de soslayo murmura.

No es verdad angel de amor
Que en esta apartada orilla
Mas pura la luna brilla
Y se respira mejor?

La transición es brusca: el novio se encuentra con los ojos del padre de la muchacha, ojos que enfurecidos le miran, y dice.

¡Comendador que me pierdes!

En cambio las muchachas abandonan los palcos; cubren sus elegantes cabellos con ricas toquillas de encaje: se cojen al primer brazo que les sale al encuentro y aunque hablen del tiempo ó de la función ó de la figura arrogante de Tenorio ó Megia, murmuran á sotto voce aquellos versos que empiezan:

Don Juan, don Juan yo lo imploro
de tu hidalga compasión,
ó arrancame el corazón
ó amame porque te adoro.

Caramba! daría cualquier cosa porque él supiera hacer versos así y me dedicase unos cuantos! que lindos son y que tiernos!

Don Juan, don Juan...

Digo, Celedonio... Celedonio!...

Y el jugador que ha perdido los cuartos, esclama.

Llamé al cielo y no me oyó
Y pues sus puertas me cierra
de mis pasos...

Aquí sin embargo, se arrepiente y añade: Con todo si es cierto.

Que un punto de contrición
da á un alma la salvación
Yo santo Dios creo en tí

Todos, absolutamente todos los que ven al Tenorio salen hablando del drama.

No hay muchacha que no quiera ser doña Inés aun á trueque de morir y reaparecer en estatua: no hay padre que no se crea un nuevo Comendador ni pollo que no se considere un Tenorio.

Tal es la magia del drama.

Los aficionados, encargados de la ejecución de la obra, estuvieron como aficionados que son; y deben perseverar en su empeño, porque no hay defecto que no se subsane con afición y constancia, como no hay belleza que no se haga perfecta á fuerza de estudiarla y hacerla.

Para nosotros no hay defectos cuando de aficionados se trata, porque todo nos parece bastante. Además, no hacemos críticas, puesto que para ello valemos muy poco: hacemos historia.

Se trata de representar *El Guzman* y el *Guzman* bien ó mal hecho, debe ser aplaudido porque la célebre producción del señor Gil y Zárate, está inspirada en uno de los hechos mas admirables que registra la historia.

En esta obra se pone de manifiesto el amor á la patria.

Allí se vé hasta donde deben llegar el sacrificio, la abnegación, el sufrimiento, el dolor, cuando de la patria se trata.

El pensamiento de *El Guzman*, es un pensamiento gigante.

El hombre que cede á su hijo por no entregar á Tarifa, por no ceder la plaza de que era gobernador, ¿que mas podía hacer en favor de su Dios, en favor de su Rey, en favor de la madre comun?

Muchos y muy encontrados juicios se han emitido sobre aquel acto heroico, ya por los que han querido ver en Guzman, un corazón empedernido y terrible, ya por los que le han supuesto poseído de un patriotismo admirable; pero lo cierto es que para desprenderse de su hijo adorado, el defensor de Tarifa, tuvo que dominar sus sentimientos de padre, para dar rienda suelta á sus sentimientos de soldado leal y de generoso patriota.

¡Que enseñanza tan elocuente y tan grande! ¡que ejemplo de lealtad tan maravilloso y tan útil! Que lección tan sublime y tan clara!

¡Cuan tremenda no habria sido la responsabilidad de *Guzman* si en vez de entregar el

cuchillo para que matasen á su hijo adorado, cautivo ya por los sitiadores de la invicta Tarifa, hubiese abierto las puertas de la ciudad, dando paso, á los que querian desvastarla y vencerla!

Guzman que has hecho de Tarifa? le hubiese dicho el Monarca.

Y Guzman que no queria escuchar este grito, fatídico como el grito de Dios al preguntar á Cain por la muerte de Abel, prefirió entregar á su hijo, que era mas, mucho mas que inmolarse á si mismo!

Los aficionados sin embargo harán lo contrario: entre inmolarse al hijo, inmolarse ellos ó inmolarse á Guzman, piénsome que les parecerá mas sencillo inmolarse la comedia.

Lo mismo haria yo, si como la última y mas extraordinaria de mis *chifladuras* diarias, concibiese la de exihirme en la escena.

No estaría mal.

Es cosa tambien corriente la de llamar *chiflado* en Manila á todo bicho viviente, pero tengo para mi y creo que estarán VV. conformes, que si en Manila hay chiflados y chifladuras risibles, tambien los hay en España y en Italia y en Francia y en New-York y en Bruselas; porque ahora ni mas ni menos leo en un periódico, que doña Baldomera se hallaba en el último punto, donde acababa de hallarla un viajero, comprándose un paletot adornado con pieles de zorros azules!!

Yo creo que todas las cosas del mundo tienen color conocido y que asi como los *imponentes* de doña Baldomera tenían color de *simples*, aunque algo subido, los zorros son siempre pardos; pero me alegro de saber que hay *zorros azules*, primero, para conocer á cualquiera que me salga al encuentro y segundo para recomendarlo á todos los naturalistas del mundo, desde el famoso Buffon, hasta el encargado de *prologar* la célebre *Flora*.

Doña Baldomera es en verdad singular. En vez de quitarse la piel para que nadie de con sus huesos, se viste de azul y no contenta con elegir este bello color, hace que el color sea de *zorro*, lo cual establece á mi juicio, una seña particular como otra cualquiera.

Es indudable que para pezarla se necesita un ojo muy *práctico* y muy avizor y muy esperto y muy listo pero no me fio mucho, en cuestiones de *ojos*, desde que el Puente de Badajoz sobre el río Guadiana, ha perdido siete, entre los veintiocho de que antes constaba.

Atendida la fecha del puente que se construyó el siglo XV no me hubiese extrañado verle sin ojos; de modo que siempre es una ventaja el que le queden 21; pues cualquiera de nosotros nos daríamos por muy satisfechos con tener la mitad.

Si mas ven cuatro ojos que dos, figúrense VV. lo que yo alcanzaria si tuviese doce ó catorce.

Al llegar la hora del sueño tendria uno que cerrarse á si mismo, como se cierra una casa.

Catorce ojos serian sobradas ventanas. El alma se asomaria demasiado!

La avenida del Guadiana, como la del Guadalquivir, ha sido verdaderamente espantosa. El rio se habia ensanchado, por algunos sitios, hasta once kilómetros, esto es, como de Manila á Tambobo.

Las pérdidas han sido considerables, en Badajoz, en Sevilla y en Córdoba, pero allí donde ha ocurrido el siniestro, allí se ha levantado la caridad evangélica, socorriendo pródigamente á las víctimas.

El pueblo español es un pueblo de hermanos, cuando se trata de amparar la desgracia!

Mientras ocurría todo esto, mientras el

obispo de Córdoba, Fr. Ceferino Gonzalez cumplía con su misión apostólica socorriendo á los pobres, ofreciendo su palacio á los huérfanos: dando su mesa á los débiles, socorriendo á los que perecían sin amparo y dando pruebas en fin, del paternal amor en que se abrasa su alma de obispo católico, amor que se refleja cual la luz de espléndida antorcha, sobre su vida de hombre y sobre la órden de religiosos de la que salió no hace mucho para derramar el bien y la ciencia; el Sr. Duzcazal empresario actual del Teatro español de Madrid y el Sr. Vico actor y director de aquel coliseo, oían la lectura del drama *Consuelo*, drama debido á la pluma del eminente poeta D. Adelardo Lopez de Ayala.

El ilustre autor de *El Tanto por ciento*, el autor del drama que desempeñó la *Teodora* y que doña Baldomera de Larra aprovecha, sin los inconvenientes de la *misse en scene*, se propondrá indudablemente dar una nueva obra, tan notable como aquella, como el *Tejado de vidrio*, como el *Hombre de estado* pero en cambio, el empresario de Barcelona, atendiendo á la novedad solamente, hace representar el papel de espía en los *Majiares*, á un gigante que se exhibía en la misma ciudad á precio muy reducido. El uno ama el arte y el otro el efecto.

Hasta aquí el *lego* de los *Majiares* de Olona era perseguido por un *soldado bizarro*; ahora, cuando vuelva atras la cabeza y halle al gigante, creará que le sigue el gran ejército Ruso.

Para esto, aun es temprano.

Los chinos que son sin duda aquella raza especial, piramidal, de que nos hablaba yo no sé quien, han celebrado su fiesta, con una alegría verdaderamente *chinesca*.

Es verdad que los chinos se presentan siempre con cara de pascuas, pero en los pasados dias han sacado la *risa de fiestas* y el rico *chá* de *Nanchin* para obsequiar á los que han visitado sus casas.

Los chinos tienen chinas muy bellas y las chinas tienen peinados muy horizontales y maneras muy finas.

Es cuanto puedo decir... porque los chinos tienen muy buen cuidado de que se diga muy poco. Sus mugeres se parecen á los pimientos de la Rioja, en que están *en conserva*.

En Manila se están levantando varias cosas á un tiempo, apesar de no ser tiempo de obras.

Se ha levantado el piso de la puerta de Magallanes.

Se está levantando el de la avenida del puente de España.

Se ha levantado el del camino principal de la Ermita.

Han levantado el vuelo los Nortes.

Y no sé otra cosa, si no que me levanto todos los dias para escribir un artículo, asi como otros se levantan para tomar chocolate,

El correo ha traído algunas novedades y algunas noticias que publica la Escolta (no el diario de idem).

Se dice esto y lo otro.

Se comenta la llegada probable del general Moriones.

El *Cádiz*, barco en que viene el nuevo gobernador general, pasó por Aden el cuatro, de modo que llegará, cuando lo anuncie el semáforo.

El general no irá á Malacañang sino á las habitaciones que en la nueva Aduana estaban destinadas al jefe de Hacienda.

Esto se dice, esto se murmura, esto se comenta, pero la verdad es que no sabemos palabra.

Aquí vivimos de conjeturas, en vez de vivir de noticias.

¿Qué hay de Madrid?

Poca cosa.

Una misa dedicada al alma de Prim.

Un gran cruz concedida á Pavia

Una nueva recepcion en Palacio.

Una clausura de Córtes.

Un nombramiento en el Banco.

Un general que está mejor: Jovellar.

Un general que se muere: Cabrera.

Un diplomático que se marcha: Molins.

Otro que es esperado en Madrid: el de Roma.

Un gefe de personal que mejora: Leguina.

Un gefe de Contaduria que pasa al personal de Ultramar: Echevarria

Una alta señora que se halla con perfecta salud: la ex-Reina de España.

Otra alta señora que está disgustada: la emperatriz Maria Eugenia.

Una nacion que quiere la guerra de Oriente. La Rusia.

Otra nacion que no la desea. La Turquía.

Un poeta que tiene fortuna: el autor de «Consuelo».

Otro poeta que se muere de hambre: Serra.

¿Que más?

El Manual del viagero en Filipinas, presentándose á la academia de ciencias morales para obtener recomendacion generosa!!

Lo merece la obra.

FRANCISCO DE P. ENTRALA.

LOS GRABADOS.

BIOGRAFIA

DEL V. MASTIR, ILLMO. Y RMO. SR. D. FR. VALENTIN BERRIO-OCHOA, OBISPO, CENTURIENSE Y VICARIO APOSTOLICO DEL TUNQUIN CENTRAL.

Al formar en compendio la biografia de un personaje ilustre, no es lo menos embarazoso el tener que reducir á breve espacio lo que de sí exigiria un grueso volumen. Los que han conocido al señor Berrio-Ochoa, los que han tenido ocasion de observar sus virtudes, y sus prendas singulares, los que en fin, han podido sondear todo su mérito, confesarán, que no es fácil espresar en pocas palabras lo mucho que pudiera decirse en honor de tan santo religioso, celoso misionero y obispo. Voy, á pesar de eso á bosquejar con la brevedad posible los rasgos mas interesantes de su vida.

Nació el señor Berrio-Ochoa el 14 de febrero de 1827 en la Villa Elorrio, Diócesis de Calahorra. Sus padres ocupaban en la sociedad una posicion humilde, pero honrada; y su religiosidad les hacia acreedores al respeto y amor de sus convecinos. Fácil es comprender la esmerada educacion, que el jóven Valentin, recibiria de tan piadosos padres. Asáz lo revelan los ópimos frutos que produjo á su tiempo.

Despues de haber estudiado con lucimiento la lengua latina, obtuvo nuestro jóven una beca en el seminario de Logroño; en donde cursó de filosofia, y el primer año de teología con notable aprovechamiento. Imposibilitado de seguir, como eran sus deseos, la carrera eclesiástica por la circunstancia de la época, se retiró al hogar doméstico, y se le vió por algun tiempo ejercer al lado de su padre el humilde oficio de carpintero. Hasta en esto salió aventajado, merced á la firmeza de su carácter, y á aquella constancia, siempre invencible, que tanto le distinguió mas adelante. No habia dificultad, que le arredrase, ni resistencia por tenaz que fuese, á que no supiese sobreponerse, así es que solia salir airoso en todas sus empresas.

Apesar de todo, el estado eclesiástico, á que se sentia llamado, ocupaba con preferencia su pensamiento, y procuraba por todos los medios llevar á cabo su vocacion santa, sin dejar pasar ocasion ninguna favorable, que se le ofreciese. Hubo por entonces oposiciones públicas á un beneficio simple que acababa de quedar vacante y nuestro jóven quiso aprovechar la coyuntura. Se dedicó al estudio con todas sus fuerzas, y el beneficio le fué adjudicado *primo loco*, despues de haber merecido el comun aplauso en sus brillantes ejercicios. Mas por desgracia su constancia fué victima de otro revés harto sensible á su corazón. Las aciagas vicisitudes de la Iglesia de España en aquel tiempo, no le permitieron ordenarse con el título, que acababan de merecer sus relevantes prendas. Volvió de nuevo á empu-

ñar la zuela y el escoplo, hasta que un piadoso sacerdote, conociendo su singular mérito, le colocó por segunda vez en el seminario, en donde cursó los años que le faltaban de teología, y de escritura. Su vida ejemplar edificaba á todos sus condiscipulos, y hacia que fuese respetado hasta de aquellos que llevaban una conducta menos religiosa y cristiana. Muy pronto el virtuoso Prelado de aquella Diócesis tuvo noticia del extraordinario jóven, y quiso premiar su mérito nombrándole director del Seminario, á cuyo título se ordenó de sacerdote.

Desde este momento se dilató mas su grande corazón, y se creyó en la obligacion de correr á pasos agigantados por el camino de los mandamientos del Señor. Cumplia á la letra el precepto del Salvador del mundo, que nos prescribe orar continuamente, y traia siempre presente á su alma la ley santa de Dios, en cuya meditacion se inflamaba su pecho como en un fuego divino. No se contentaba ya con el cumplimiento de las graves obligaciones de su estado; su corazón anhelaba á más; su alma estaba inquieta, y buscaba con ansia una perfeccion, que bien pronto conoció le seria muy difícil obtener en medio de un mundo, que á menudo seduce y mata, y siempre retraza y debilita. Quiso Dios favorecer sus deseos, proporcionándole vestir el hábito religioso en el Real colegio de Misioneros dominicos, establecido en la Villa de Ocaña, segun él lo deseaba hácia tiempo, y cuya realizacion hasta entonces le habia sido imposible por no faltar á la obediencia debida al director de su espíritu.

El día 26 de octubre del año 53 fué el día de gozo para su corazón. Veíase en el recinto del claustro vestido con el sayal humilde á que tanto anhelaba, y asociado á los hijos del gran Patriarca Domingo de Guzman, lo cual era para él el cumplimiento del mas vivo deseo que hasta entonces abrigara en su pecho. ¡Conque respeto y amor besaba aquel santo hábito, con que acababa de ceñir sus inocentes carnes! ¡Qué alegría no inundaba su alma en aquellos tan suspirados instantes!

Mas, pronto llegó para su espíritu el día de la terrible prueba. Le retiró Dios todos los consuelos espirituales. Sin que le quedase mas que el aflictivo recuerdo de las dulces delicias que antes sentia despues de haber recibido á Jesucristo. Todo para él era sequedad, todo tristeza; ni siquiera una gota de celestial rocío bajaba sobre su corazón. Era Dios que queria purificar su alma, y convertirla por medio de la tribulacion en tiempo de su amor. Pero sabido es que al lado de la prueba, que viene de mano del Señor, está tambien el auxilio para sobrellevarla. El nuevo y atribulado religioso lo comprendia muy bien; y por eso poniendo toda su confianza en Dios, supo sobreponerse á todo. Siempre con el corazón oprimido, siempre con el alma intranquila y llena de amargo desconsuelo, pero siempre delante del Señor en oracion profunda y casi no interrumpida, siempre ocupado en ejercicios santos, sin que toda la amargura de su espíritu, ni todo lo terrible de tan angustioso estado le hiciese dejar por un solo día ni un momento de su acostumbrada oracion, ni una sola de sus muchas devociones.

La humanidad era una virtud, que habia cultivado él siempre con especial esmero, y de ella nos dejó grandes ejemplos. Se le vió desde luego acomodarse en todo á las condiciones de humilde novicio, que para personas de su posicion y edad es asáz repugnante y costoso. Nada sin embargo le parecían al P. Berrio-Ochoa las pruebas á que se le sujetaba, su espíritu de humildad y abnegacion le hacian, por el contrario, disgustarse de algunas exenciones concedidas á su carácter sacerdotal. Quería igualarse en todo á unos niños que apenas habian cumplido quince años, y que eran aun novicios. ¡Cuántas veces se le oía decir!... Hermanos, mucho me alegraría de poder ejercer esos cargos que VV. tienen, yo quisiera probar de todo en la Religion: me parece que no empiezo á ser religioso por donde debia empezar. Temia él, que si no se acostumbraba desde un principio á los oficios humildes, los repugnaría tal vez mas adelante, cuando la obediencia se los encomendase; sin advertir que su humildad quedaba suficientemente garantida en sus buenos deseos.

Si hubiera de hablar aquí de todos sus hechos edificantes, de todas las grandes virtudes que en él resplandecian, me veria obligado á estenderme mas de lo que me es permitido. Era ya desde el principio un mo-

dolo de santidad, un religioso perfecto en todo el significado de la palabra. Puede creérsese, no exagero. Apelo sino á todos los que le han conocido en aquel tiempo. Su presencia ejercia cierto poder sobre el alma: no era posible mirarle sin sentir una impresion de respeto, veneracion y devocion al mismo tiempo. Tal era su modestia y recogimiento, y el fervor de su espíritu, que revelaba en su semblante noble.

Hizo su profesion solemne el 12 de noviembre del año de 1854; y disipando Dios la tenebrosa oscuridad en que hasta entonces habia yacido su espíritu, empezó de nuevo á derramar sobre él raudales de divinas delicias. Desde este instante su espíritu tomó nuevos bríos al verse obligado á la perfeccion por un voto mas estrecho: aquella palabra dada delante de los altares estaba siempre presente á su alma; y se juzgaba un sacrilego, si con todas sus fuerzas no procuraba darle perfecto cumplimiento. Propúsose mortificar la carne con todas sus concupiscencias, y lo hacia de un modo edificante y extraordinario. Me consta, que casi siempre iba ceñido de un áspero cilicio; y puedo tambien dar fé de los rudos golpes de disciplina, que á menudo descargaba sobre su cuerpo. Jamás arrojaba de sí ninguno de esos insectos, que tanto molestan; y era inconcebible la serenidad con que sufría semejante incomodidad. Muchas de sus penitencias eran por este estilo; pasaban desapercibidas como cosas insignificantes, pero eran pruebas terribles. Llevaba por sistema no evitar ninguna incomodidad: mortificacion extraordinaria que solo pueden sostener espíritus como el suyo.

(Se Continuará.)

EL TEATRO DE ARROCEROS.

El Teatro de Arroceros, que aparece en este número, fué construido en 1860 ó 61 á espensas de una sociedad anónima, por acciones de á cien pesos.

El Teatro es elegante, cómodo y puede contener mas de mil personas. Ha sido siempre el Teatro mas favorecido del público manileño, y en él han figurado las mejores compañías de ópera que han visitado, nuestras playas.

LA PAGODA DE LOS CINCO PISOS Y ANTIGUA FORTALEZA DE CANTON.

Es un edificio de construccion elegante y muy espacioso. Está pintado de color encarnado y fué erigida en la muralla del Norte en el año 1368, cumpliendo las indicaciones de un adivino, que recomendó se levantase en aquel sitio un edificio de mamfosteria con objeto de contrarrestar las funestas influencias que, segun él decia, provarian del Norte. Que ocupado y sirvió de cuartel para las tropas inglesas cuando tuvo efecto la invacion de dicha ciudad por el ejército aliado en 1857.

LA LENGUA CASTELLANA. (1)

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS.

Sin pretender ofrecer aquí á nuestros lectores un largo y erudito razonamiento sobre la historia de las lenguas en general, y sobre los varios sistemas adoptados para dar á conocer su formacion, les presentaremos todo lo mas notable que encontramos escrito respecto al origen y progresos del rico y sonoro lenguaje castellano. Discordes están nuestros historiadores y filólogos para fijar la lengua primitiva de los españoles; y aunque á la averiguacion de este importante punto de nuestra historia, se han consagrado asiduas tareas y concienzudos trabajos por hombres eminentes, nada de cierto podemos saber. Muchos creen que el hebreo fué el idioma que primero se habló en España, fundándose en que era el de Tubal su primer poblador, segun varias historias antiguas; otros que el céltico, y otros que el vascuense, de quien dicen ser el Fenicio degenerado (1). Guiados nosotros por los escasos fragmentos históricos que de tan remota época nos restan y por la luz de la razon y la filosofia, podemos asegurar que

(1) Hace algunos meses que el M. R. Padre Torres, Cura que fué del pueblo de Arayat, tuvo la amabilidad de honrarnos con el adjunto trabajo para que se insertase en *El Oriente*. Circunstancias independientes de nuestra voluntad nos impidieron por entonces dar cabida en las columnas del periódico al erudito artículo sobre el origen del habla castellana. Quien habia de decirnos que al cumplir gustosos con aquel deber de amistad, de admiracion y de cariño, habiamos de llorar la temprana muerte del que fué en vida tan excelente escritor, como admirable religioso. El trabajo póstumo que insertamos sera leído con gusto por cuantas personas se dedican en Filipinas, al cultivo de las bellas letras.—N. del E.

el lenguaje español sería pobre y mezquino, cual el de todos los pueblos primitivos; pues no siendo el idioma otra cosa que una colección de signos para representar las ideas, no era posible fuese rico ni abundante en expresiones el de un pueblo grosero y salvaje que carecía de ellas. Triste es la pintura que de los españoles de los antiguos tiempos hacen los historiadores, pues todos los presentan, así como á los habitantes de todas las naciones de Europa, en aquellas épocas lejanas, como bárbaros ferozes, insociables con los estrangeros y aun entre si mismos, viviéndolo como fieras dispersos en los bosques, sin policía, sin ciencias ni artes y sin mas deseos que los que escitan las primeras necesidades de la naturaleza. Hombres, tales no usarían de otras palabras que las significativas de seres físicos á que estaban únicamente ceñidos sus pensamientos y es lo mas provable que hablarían tantos idiomas ó dialectos, cuantas fuesen las pequeñas é incomunicadas aldeas en que estaban divididos. Con muy cortas escepciones, subsistió España en este estado de rusticidad y barbarie hasta la conquista de los romanos que llevándose el oro, plata y mas riquezas que encerraba en sus estrañas, la dejaron en cambio, las ciencias, las artes la civilización y cultura con todas sus inmensas ventajas. Verificándose tan gran cambio, los españoles hubieron de abandonar su rudo y bárbaro lenguaje, ya porque no podía prestarles palabras con que espresar los conocimientos nuevamente adquiridos, ya porque su instrucción y civilización les hiciera conocer su pobreza y groseria, y la nobleza riqueza y suavidad de la lengua del Lacio, que á poco tiempo se hizo general en España, así como las leyes, trages, usos y costumbres de los romanos. La política de estos célebres conquistadores del mundo, que supieron conquistarse el amor de los españoles, finó tambien la causa de la pasmosa y rápida propagación de la lengua latina y del total olvido de la primera; solo los cántabros por la posición topográfica de su país que lo hacia casi inespugnable ó por su mayor rusticidad causas poderosas que retardaron su conquista por muchos siglos, conservaron su antiguo idioma que, como dijimos, fué el general de España segun opinión de varios Eruditos. Muchos criticos españoles como Seneca Marcial, Pomponio Mela y otros, contribuyeron con sus elocuentes escritos, que aun hoy dia pueden citarse como modelos del lenguaje mas puro y elegante, á propogar y radicar el latin.

Las lenguas del mismo modo que las ciencias y las artes, siguen la suerte de los imperios, nacen y crecen y menguan con ellos. Así vemos que cuando Roma caminaba á largos pasos á su ruina, el latin comenzó á corromperse y á decaer de su belleza, en especial á los principios del siglo V. Cuando multitud de naciones bárbaras invadieron las provincias del imperio, particularmente á España, donde echaron los cimientos del robusto edificio de la monarquía que aun subsiste. Este acontecimiento, uno de los mas grandes que la historia nos muestra, no destruyó como parecía necesario el lenguaje latino para dar lugar al de los bárbaros vencedores, pues domiciliados en Italia largo tiempo, dulcificadas algun tanto sus costumbres por la saludable influencia que la mayor civilización ejercía sobre ellos, adoptaron la lengua de los vencidos, si bien hicieron uso de una pronunciación brusca y áspera introdujeron algunas palabras de mal gusto (1). Los españoles, pues en todo el tiempo que duró la dominación Goda hablaron el mismo idioma que los romanos el que subsistió sin notable variación hasta la venida de los arabes. Esta fué la época en que se verificó la grande revolución en el latin español, especialmente en las provincias meridionales, donde al paso que este idioma iba perdiendo terreno, lo ganaba el arabe que se radicó allí enteramente de tal modo que en el siglo IX, era ya la lengua vulgar de los cristianos muzarabes, á los que era tambien familiar la hebrea, llegando á tal el abandono del idioma latino, que lo ignoraban la mayor parte de los clérigos y monges muzarabes, para los que fué necesario hacer una traducción arabe del Evangelio y de la colección de Cánones Españoles. Mas á los valientes cristianos que se agruparon en torno de la bandera alzada por Pelayo en Cavadonga, estaba reservada la gloria, no solo de restaurar la independencia y la libertad de la patria, sino tambien la de crear un idioma nacional. Debemos confesar, sin em-

bargo, que este tuvo origen de la negligencia y descuido de los vasallos de los belicosos Reyes de Asturias que, ocupados sola del manejo de las armas, olvidaron las artes y las ciencias, y por consiguiente todas las reglas gramaticales. De aqui la descomposición completa de la lengua de Lacio que decayó enteramente. De este latin degenerado y corrupto, encontramos una muestra en la lápida de la iglesia de Santa Cruz de Cangas, del tiempo de Fabila, ó en la escritura de fundación de Cavadonga otorgada por su sucesor Alfonso I., el católico.

En estos escritores de los primeros tiempos de la restauración, vemos ya mezcladas algunas frases que figuraron despues en el habla castellana: la que usa Alfonso el Casto en sus privilegios, siendo naturalmente la mas culta de la sociedad en que vivia, ya es una jerga que carece del régimen latino, y como leer y escribir era á la sazón un fenómeno, aquel idioma hubo de ir descendiendo y alterándose de varios medios, tanto en las palabras como en su pronunciación, colocación y orden, y hasta que llegó un tiempo en que se consultó ya como un nuevo lenguaje, al que se llamó romano, nombre derivado ó del arabe *alromi* que los moros daban á los cristianos que lo hablaban, ó porque era un idioma construido con las ruinas de la lengua romana. Hasta muy entrado el siglo XII, no podemos mirar el romance como un verdadero lenguaje distinto del latino, pues entonces comenzó á usarse en los instrumentos y escrituras particulares; pero aunque fuese ya un idioma era informe, tosco, duro en sus terminaciones, vicioso en su construcción, desnudo de toda cultura y armonía. Varias circunstancias políticas vinieron á robustecerlo con un copioso número de vocablos arábigos y franceses, en el célebre reinado de Alfonso VI; pues cuando el rey llevó á cabo la atrevida empresa de la conquista de Toledo, vinieron á militar bajo sus banderas multitud de guerreros de toda la cristiandad, y en especial de Francia, que ó por mas vecina ó mas belicosa, tomó mas parte en aquella cruzada, que las demás naciones europeas. El rey de Castilla recompensó los servicios de los franceses con desusada largueza pues, habiéndose establecido muchos en Castilla, les concedió señaladas mercedes, tales como tener juez particular de su nación y fuero especial muy privilegiado: de aqui el origen de las palabras castellanas, franco, franqueza, franquicia, franquear y otras. Con tan decidida protección y circunstancia especial de ser francesa la reina (1) el legado del papa, los tres yernos del rey, el arzobispo de Toledo, los monges de Sahagun y de otras partes; los francos formaron una clase numerosa, y distinguida y la influencia francesa lo invadió todo en Castilla. Trajes, costumbres liturgia, cánones y hasta los caracteres de escribir, todo era francés. (2) Generalizada la letra francesa, los privilegios y principales documentos se escribían por mano de pendolistas franceses que introdujeron en ellos muchas palabras de su país de lo que hay repetidas muestras en el poema del Cid, en las obras de Berceo y en los fueros antiguos de varias ciudades en los que se hallan á cada paso *tiesta* por cabeza del frances *teste*: en *detalle* y en *gros*, en lugar de por mayor y menor; *avant* por antes: *a ses* por cerca etc. etc. Todo lo que acabamos de decir, esplica las causas de haberse adoptado en el lenguaje castellano muchos vocablos franceses, los que no le alteraron en mucho, pues eran derivados tambien del latin, padre comun de ambas lenguas castellana y francesa, aunque lo embellecieron por que eran mas pulidos y elegantes, pues los franceses aventajaban en mucho á los españoles en el estudio y cultivo de la lengua latina.

Al rico y armonioso idioma arabe tocó tambien la gloria de concurrir á la formación del castellano, al que dotó de multitud de frases la razón de esto es bien obvia, pues mejorada la posición de los estados de Castilla á fines del siglo XII y principios del XIII, por las continuas victorias de Alfonso VIII y de San Fernando, comenzó á dejarse sentir el benéfico influjo de la paz; que trajo en pos de si el comercio, la industria y la abundancia, las artes empezaron á cultivarse, y como los castellanos entregados hasta entonces esclusivamente á la guerra, ignoraban la mayor parte de los signos que la lengua latina les mostraba para representar aquellas, acudieron á la que hablaban los arabes que les era mas familiar, y que en aquella época habia llegado al mas alto grado

de perfección, como nos enseñan las numerosas obras de gramática, poesía, historia, filosofía, astronomía agricultura, etc. que de aquel tiempo nos restan y que acreditan la cultura de la nación mora. Los reyes de Castilla contribuyeron mucho á estender y familiarizar la lengua arábica, por los privilegios concedidos á los moros domiciliados entre sus vasallos: entre otros, gozaban como los Francos en las poblaciones de importancia, el de tener juez de su nación. Mezcladas las propiedades de los moros con las de los cristianos, eran muy frecuentes entre ambos pueblos las ventas, compras, enlaces (1) y todo género de relaciones. De aqui procedió el reinar tal armonía entre unos y otros reyes, que los de Córdoba y Granada solían confirmar privilegios despachados por los de Castilla, quienes consentían en sus estados que los moros sirviesen de testigos en las escrituras públicas. Estos firmaban en árabe aunque el instrumento estuviese redactado en castellano que otras veces se escribía en árabe puro, ó ya en una y en otra lengua ó ya en castellano con caracteres arábigos los cuales tambien se ven frecuentemente formando leyendas cristianas y en las monedas de Castilla. Resulta, pues, de lo que que acabamos de decir, que se introdujeron en el romance un gran número de voces árabes relativas á la legislación, Tributos, medidas, ciencias, artes, monedas, ministerios públicos, etc. Entre las muchas que pudieramos citar de las que figuran hoy dia en el castellano lo haremos de los de Acrite, Alfange, Ababadero, Alcabala, Alferes, Alcaide, Alabarda, Algebra, Aguacil, Alcazar, Cama, Candil, Capote, Caramelo, Cenefa, Gaban, Mantilla, Mascara, Pandero, Sarao, Urraca, Zorra, pero donde encontramos mas repetidos los vocablos árabes es en los nombres de ciudades, pueblos y rios: tales son Medinaceli, Medina Sidonia, Zahara, Ajofrin, Alhama, Jaen, Madrid, Beni-maclet, Benifasat, Benicasí, Guadalajara, Guadalete, Guadiana, Guadalupe, Guadalaviar, Guadalquivir, (1). Reasumiendo lo que llevamos dicha hasta aqui, resulta que el lenguaje castellano se formó con los restos del latin y con muchos Dones del árabe y del vascoense. De las muchas palabras tomadas ó derivadas de esta antigua lengua, presentamos las siguientes escogidas del catálogo publicado, por el erudito padre Larramendi. Abanderao, Abarca, Adarga, Alabastro, Bachillier Bastardo, Breñas, Barco, Bateria, Batalla, Cabaña, Cámara, Camino, Capilla, Caracol, Codicia Dama, Danza, Doncella, España, Elemento Ermita, Embuste, Escarcela, Fanfarron, farsante, Foso, Galera, Ganso, Gusto, Hacienda, Igual, Iricion, Javalina, Jardin, Lacayo, Ley, Liberar, Madera, Mar, Medalla, Obediencia, Osadia, Pabellon, Querella, Regalo, Reino, Sarmiento, Timbre, Vaga, Voz, Zanahoria.

Las palabras griegas que se encuentran en castellano Como Amen, Fariseo, Jubileo, Cabalista, Serafin son tomadas del idioma Latino, que las recibió del Griego, de donde es derivado; y las hebreas Tacaño, Mezquino, Recua, Samarra y otras de la lengua árabe que como todos saben es un dialecto del hebreo.

El instrumento mas antiguo que se conserva escrito en lengua castellana, es la carta puebla ó fuero de Aviles, Villa de Asturias otorgada por el Emperador D. Alfonso VII en 1140 (2). Este notabilísimo documento, así como algunos otros sus contemporáneos y que presentan la transición de una lengua á la otra, están formados con palabras latinas y castellanas, mezcladas sin orden alguno, lo que dá, á tales escritos una fisonomía en extremo ridícula.

El poema del Cid data de la misma época que los Fueros de Aviles, y es al propio tiempo que el primer libro escrito en castellano, la primera muestra de poesía que ruda y bárbara al nacer, debía ya en el siglo siguiente aparecer brillante, engalanada y florida por medio de la bien cortada pluma de Alfonso el Sabio y conquistar eterna celebridad á tantos ingenios españoles que la cultivaron en los siglos siguientes.

(Se continuará.)

EL COMERCIO EN FILIPINAS.

XX.

Repetiremos una vez mas el aserto de que en general considerado, el actual régimen aduanero de estas islas, en nada absolutamente coarta el impulso del movimiento comercial de las mismas, ni impone á esa industria gravámenes por derechos fiscales

ó arancelarios que, económica y equitativamente, no pueda ella soportar en armonía con las ventajas que obtiene del tráfico que aquí ejerce libremente toda clase de personas, así indígenas, nacionales, como extranjeras.

Importa muchísimo no perder de vista ese interesante punto de la cuestión que es objeto de nuestro examen en estos artículos, porque él constituye el *desideratum* de las controversias suscitadas y que de continuo se agitan y reproducen, con mas ó menos fuerza de interés, de parte de todos los que llevan á la misma el contingente de sus opiniones y el deseo de las reformas á que aspiran.

La firmeza en los hechos, la invariabilidad en los principios, el análisis crítico imparcial, así en los resultados obtenidos como en los acontecimientos que se sucedieron en los elementos de la producción de las islas y en la manera de realizarse los cambios, ó sea las transacciones mercantiles, eso es esencialísimo, imprescindible, en esta clase de públicas discusiones, puesto que en ellas no hay novedad de examen, sino historia, no hay error de resultados en problemas, sino cifras aritméticas que evidencian los mismos, asentimiento universal de las clases productoras y consumidoras, todo aquello, en fin, que bajo todos conceptos, ilumina poderosa y eficazmente la inteligencia del que estudia y despues se atreve á dar á la estampa el producto de sus observaciones deseosas de contribuir de esa manera al bien general y al perfeccionamiento, en cuanto sea posible, de las instituciones sociales y administrativas, en cuyo obsequio se desvela y trabaja noblemente.

No con otras pretensiones hemos venido nosotros á esta discusión, y ciertamente que para ella, hemos reconocido antes como ahora, nuestra insuficiencia, y las dificultades que á cada momento se nos ofrecen para satisfacer debidamente el compromiso contraído con nuestros ilustrados lectores; dificultades que hoy se nos presentan con mayor magnitud, con proporciones mas crecidas, por que llegaron al momento crítico de ofrecer la solución á la cuestión propuesta, para ultimarla cual cumple á su objeto y á los precedentes sentados.

¿Acertaremos en esa solución? Tal vez no, pero culparse no debe, si así sucede, á nuestro buen deseo, sino á nuestras incompetencia; y de todas maneras, algo alcanzaremos, nos parece, en ese punto, que pueda ser provechoso á otros que, con mayor autoridad, les sea fácil resolver por completo la cuestión, siquiera no hagamos mas en cuanto á ella en estos momentos, que concretar los antecedentes ofrecidos á examen en los precedentes artículos, deduciendo despues sus consecuencias actuales de mas general demostración. Creemos que eso ya debe ser algo, para aspirar á alguna parte de gloria en las soluciones apetecidas que se obtengan, lo cual bastará á satisfacer nuestra ambición de modestísimos escritores.

Entrando, pues, en materia, nos parece que, ni como sistema en el plan general de impuestos públicos, ni en atención, en determinados países, á útiles y delicadas previsiones para el orden político, cabe condenar en absoluto por improcedente, la existencia de las aduanas, ni tenerlas por ineficaces, de modo alguno, para uno y otro objeto.

El primero de ellos es aquí, no sólo una cuestión esencialísima para la vida administrativa, sino que, único sobre el comercio puede decirse, el impuesto de aduanas, solo reclama el mismo del contribuyente, un diez por ciento *ad valorem* sobre las mercancías que se importan de países extranjeros, considerándose de cabotaje el comercio de la península y las otras provincias españolas de Ultramar, lo cual demuestra bien claramente, que lejos de buscar el Estado por ese medio crecidas rentas para su tesoro público, exige lo menos posible con ese objeto, á cambio de dar á la profesion mercantil toda clase de libertades en el interior de las islas, dispensando á la vez una protección francamente económica á las procedencias de la industria extranjera, á que tal vez no corresponden del mismo modo, ni mucho menos, las naciones favorecidas, tratándose de nuestro comercio con las mismas, y una libertad absoluta á los productos y procedencias nacionales; y en cuanto al segundo extremo, el de previsiones políticas, es indiscutible el que, no ya en posesiones de Ultramar, en las cuales nunca parecen aquellas bastantes á conservar el sagrado depó-

sito de altísimos intereses, sino dentro de la misma Europa civilizada, y en muchos otros países, está reconocido que las aduanas constituyen un medio, sino perfecto, por que ese no es posible obtenerlo en ninguna prevision humana, al menos de bastante eficacia para evitar la introducción de elementos que, con facilidad contribuyen al malestar social, ya de una manera material, ya moralmente, que es todavía de peores y mas trascendentales consecuencias.

No pertenece á nuestro criterio solamente, el reconocer todas esas ventajas en el vigente sistema aduanero de estas islas; ese convencimiento es general aquí y fuera de aquí, y él ha influido poderosamente en el desarrollo mercantil que nos ofrece en estos últimos años el comercio de importación en el archipiélago, no menos que respecto al crecido movimiento que se ofrece en todas nuestros principales puertos habilitados.

Dos extremos, sin embargo, no armonizan perfectamente con la liberalidad y levantados propósitos de ese sistema aduanero, y sinceros é imparciales ante todo, y por que ya lo hemos indicado, aunque someramente, en algunos de los precedentes artículos, debemos ahora ocuparnos de esos extremos, en términos mas concretos y reflexivos; que-remos referirnos en esto á la bonificación de derechos que se hace á las procedencias extranjeras conducidas é importadas en bandera nacional, y á que, artículos principales de la producción del país, el *abacá* en rama y en manufactura, el *añil*, el *tintarrón*, el *arroz*, el *azúcar*, el *café*, y las *maderas tintóreas*, se graven, aunque reducidamente en el tipo imponible, con derechos de exportación.

A países atrasados en punto á elementos industriales que no sean capaces de satisfacer cumplidamente las principales demandas del consumo de sus moradores, cual por desgracia, aunque tal vez por razones de muy lógica y natural explicación, acontece en Filipinas, es de todo punto económico, y siendo así tiene que ser conveniente, sin remedio, á generales intereses, franquear cuanto sea posible, para favorecerlos en su desarrollo, todos los medios que con facilidad atraigan y realicen mejor la venida de aquellos elementos necesarios al consumo, así qué de todos los que tiendan, más directamente, al progreso y movimiento de transacción de las producciones locales.

Bajo este concepto, fueron medidas acertadísimas las adoptadas por el gobierno superior de estas islas, en su decreto de 27 de Abril de 1869, cumpliendo lo mandado en el decreto supremo de 29 de Diciembre del año anterior de 1868, en lo referente á suprimir desde luego los derechos de exportación, la que se dejó libre completamente para todos los destinos y banderas, y en la rebaja hecha entonces, desde luego, de un 50 por ciento sobre el derecho diferencial de bandera, que á la zason existía, y que el otro 50 por ciento desapareciese á los dos años siguientes, como llegó también á efectuarse en Mayo de 1871.

De estas franquicias, como ya digimos en anteriores tareas, aceptó en absoluto la supresión del derecho diferencial, el decreto supremo de 16 de Octubre de 1870, pues en el arancel por él aprobado, que es el vigente desde Julio de 1871, aparece unificado el impuesto de Aduanas, pero en cambio, y sin que alcancemos la razon que la hubiese así aconsejado, ha restablecido ese decreto, al propio tiempo, el derecho de exportación sobre los artículos, producto del país, antes mencionados.

Si alguna cuestión económica y administrativa, referente á estas islas, ha llegado á reunir muchos y suficientes antecedentes para el estudio de su situación y mejores medidas que fuese oportuno adoptar para alentar sus progresos, en todos sentidos, bien puede, sin duda, contarse la referente al libre comercio de exportación. Venía siendo debatido ese asunto desde antiguos tiempos, así en brillantísimos informes oficiales, como en folletos y memorias escritas por estudiosas y competentes personas particulares, del mismo modo que en la prensa local, y aun en algunas ocasiones, en la de la Península, y cuando llegado se habia, en 1869, á obtener el triunfo de causa tan económica como hábil y justificadamente sostenida por sus ilustres defensores, es de lamentar sobre manera, se hubiese retrocedido en tan brillante como conveniente senda de progreso, apenas pasados dos años de su existencia.

Reducido es, en efecto, el impuesto de exportación señalado por el arancel de 1871 á los artículos que antes enumeramos, pero de todos modos, y porque reducidos tienen que ser también los rendimientos que dé ese derecho al tesoro público, pudo muy bien mantenerse la franquicia absoluta concedida por el arancel de 1869, ya que sus ventajas, en todos sentidos, eran tan evidentes, como demostradas aparecieron en esos luminosos informes y memorias á que antes hemos aludido.

Las producciones de la agricultura en Filipinas, así como los de otras industrias, soportan una situación especialísima respecto á los mas principales elementos que deben venir en su auxilio, como el de capitales y brazos, que ambos escasean notablemente, y por tanto, cuanto mas la administración pública, por su parte, haga por favorecer el que esos elementos converjan á aquel auxilio, tanto mas se habrán alcanzado ventajosos resultados en el desembolvimiento de las mencionadas industrias y sus mas rápidos progresos.

Con este extremo de la cuestión, hallanse también ligadas, intimamente, las condiciones de nuestro comercio con la península. Se de esta con las islas, como ya espusimos, se halla declarado de cabotaje, y es, por tanto, completamente libre á la importación, del pago de derechos arancelarios, franquicia esa, la mas acertada de cuantas, así en el terreno económico como en el político, se ha establecido hasta el presente, y que bastará por si misma para producir, á muy corto transcurso de tiempo, las ventajas mas considerables y las relaciones comerciales mas intimas entre la madre-patria y esta remota provincia Española; pero esa tan acertada medida hubiese completado sus efectos y toda su importancia, si á la vez se hubiera determinado el mismo carácter de cabotaje, al comercio nacional de Filipinas con la metrópoli. Eso hubiera sido el complemento mas económico y liberal de la reforma en cuestión, y la que, en tal caso, aun cuando nosotros abogamos y abogaremos siempre, por la franquicia general para todas los destinos y banderas, daría alguna esplicación satisfactoria, y hasta en parte económica y de altas miras políticas y de buena administración, al momento elegido para restablecer, como lo hizo el decreto de 16 de octubre de 1870, el arancel de exportación; en virtud del cual, todos los destinos y banderas quedaron perfectamente iguales en el pago de los derechos fiscales establecidos, y en la península satisfacen también derechos las importaciones que de nuestros productos se verifican, si bien reducidos á la quinta parte de lo que en el arancel allí vigente, se señale á los similares extranjeros, siempre que, para esto, se justifique además, por medio de constancia que al pié de las pólizas de embarque, estenderá la Aduana de salida.

Si, en absoluto, libre fuese, lo mismo aquí que allí, nuestro comercio con la península, entonces pudiera verse quizas en la existencia del arancel de exportación, una tendencia directa á llamar hácia allí, la mayor importancia del volumen de nuestros productos, pero en la forma establecida, aparece con tendencia diametralmente opuesta, hasta el punto, al propio tiempo, que ni aun quiso favorecerse tampoco en el comercio de exportación de las islas para el extranjero, á la que se verificase en bandera nacional, por que esta satisface los mismos derechos, como ya digimos.

Todo, pues, en este interesantísimo punto de la cuestión que es objeto de nuestras presentes reflexiones, induce á aconsejar el que vuelva á restablecerse la libertad acordada en 1869 al comercio exportador, y que, de igual manera, se acuerde declarar de cabotaje nuestro comercio con la madre-patria, cuya pretención no es nueva tampoco, por que de muy antiguo existe, y en 1870 se inició con el mayor interés por el Ministerio de Ultramar, al de Hacienda.

De la adopción de estas franquicias, escusamos, encañecer sus ventajas, por que ellas no pueden ocultarse, de modo alguno, á la ilustración de nuestros lectores.

Empero, las recomendamos con todo encarecimiento, en cuanto para ello signifique algo nuestra humildísima opinión, y guiados siempre del mismo interés por el bien de estas islas, continuaremos el examen propuesto, en sucesivas tareas.

JAVIER DE TISCAR Y VELASCO.



CIENCIA PREHISTÓRICA.

ALGUNAS OBSERVACIONES Á LOS QUE DEFIENDEN LA TEORÍA DE LOS HOMBRES PREHISTÓRICOS

I.

Mientras aquí nos ocupamos en examinar la opinión de los geólogos modernos sobre la antigüedad prehistórica del género humano, se nos ocurre suplicar á estos hombres doctos que presten atención á nuestras consideraciones. Si no desdeñan nuestra invitación, pondrán, sin desviarse de sus estudios, estudiar en nuestra compañía un campo libre, remontarse á las elevadas regiones recorridas por los planetas y llegar hasta las estrellas fijas; mientras que, para comprender el valor de sus propias especulaciones, no es menester penetrar á oscuras en las entrañas de la tierra y errar por entre los sepulcros y las escondidas osamentas. Para conseguir que nos presten atento oído, solo basta aquella simpatía na-

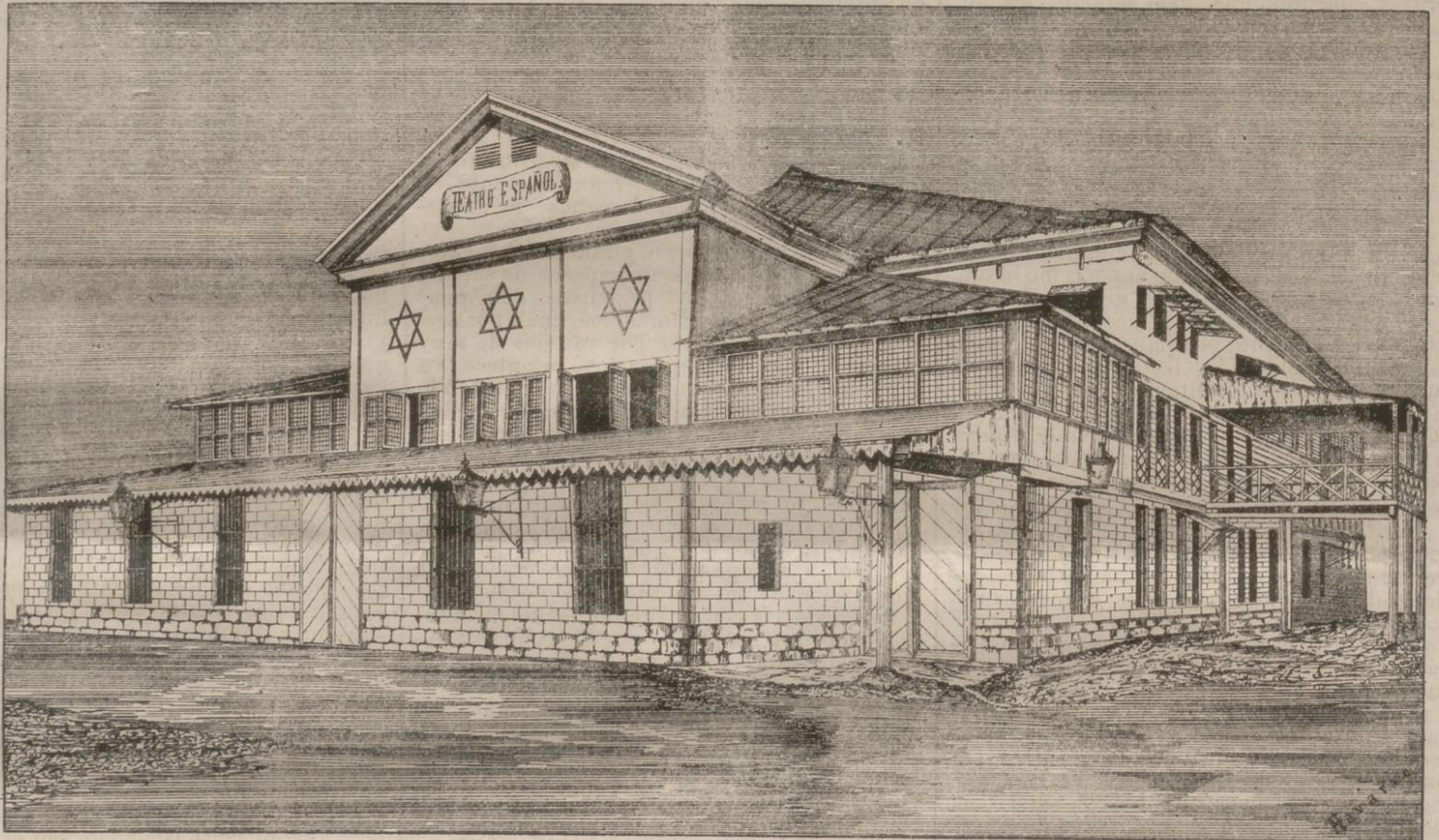
tural que obliga á cada uno (á ménos que no sea un rústico) á manifestar interés por las cosas de los demás, cuando ve que estos lo manifiestan por los suyos. Y por fin, sin más preámbulo, diremos á dichos naturalistas que habiendo ellos descubierto que los hombres aparecieron sobre la tierra 300.000 años antes de Adán, el primero de los hombres históricos, nosotros, por otra parte, emprendimos contar el número de hombres que, según esta hipótesis, debían existir cuando apareció Adán, y encontramos por resultado un número de 434 cifras.

Hemos llegado á semejante consecuencia haciendo dos suposiciones. Es la una que los hombres prehistóricos se propagaron de un solo miembro, así como sabemos que todos los hombres históricos se propagaron solo de Adán y Eva.

La otra es que el aumento de la población fué entonces de 300 por año, por lo cual, te-

niendo en cuenta el número de nacidos y muertos, los hombres se habrían duplicado según proporción media cada 208 años.

Y aquí no queremos disimular la oposición que quizá podrá hacernos una parte de los ya nombrados geólogos. Pues siguiendo la opinión, casi general entre ellos de que los hombres prehistóricos no nacieron de un solo miembro, como nosotros lo hemos supuesto, sino que de muchos, juzgan á lo que parece que dichos hombres debieron multiplicarse más rápidamente que los del tiempo histórico. Cuentan además, como cosa averiguada, que aquellas razas primitivas eran más valientes, y solo combatían con las fieras y que las guerras del hombre contra el hombre principiaron, para nuestra desgracia, al mismo tiempo que la civilización, y no llegó á verse homicidas, sino á fines de la edad prehistórica, cuando fué descubierto el hierro y convertido en armas. Ahora bien; la experiencia



(MANILA) TEATRO ESPAÑOL.

del pasado y del presente demuestra que en el tiempo histórico los hombres se duplicaron y continúan duplicándose, cada 228 por año; y nosotros, en vez de atribuir á la nación prehistórica un aumento mayor que este, le hemos atribuido uno menos, esto es, que se duplica cada 300 años,

Observan además que, según los cálculos de la estadística, la población actual de Europa podrá duplicarse de hoy en 130 años, es decir, á fines del próximo siglo, y que la duplicación de la de los Estados-Unidos tendrá lugar en mucho menos tiempo, en 25 años, según algunos, y en poco más de 12, según Euler. No obstante, hemos supuesto que los hombres prehistóricos se duplicaron después de 208 años.

Pero cobren aliento nuestros contrarios. Con dichas suposiciones y con otras que bien pronto haremos, hemos procurado disminuir en cuanto era posible el peso de la dificultad que oprime á su sistema. Confesaremos también que á veces nos hemos dejado llevar por esas intenciones (como luego se verá) hasta concederles algunas cosas increíbles.

Con que, volviendo al punto de que partimos, los hombres vivos, cuando apareció Adán debieron estar representados por una cantidad de 424 cifras, mas en homenaje á la facilidad prometida, nos concretaremos con tomar el mínimo de dicha suma, esto es, la que se compone de 433

ceros precedidos por la unidad. Y con todo, resulta un número tal, que no hay palabras para expresarlo en nuestra lengua, ni en ninguna otra lengua viva ó muerta; y lo que es más aún sobrepasa enteramente los últimos límites de nuestra imaginación, como podrá comprenderlo quien quiera seguir el raciocinio que vamos desenvolviendo.

La población actual de la tierra es, poco mas ó ménos, de 1.300 millones, según los cálculos mas prolijos de la estadística.

Los geógrafos nos aseguran que la superficie de la tierra es de casi 5.000.000 de miriámetros cuadrados, 3.800.000 de los cuales están cubiertos por el mar, y los restantes, esto es, 1.200.000 son secos y habitables. Un miriámetro equivale á 10.000 metros, y por consiguiente un miriámetro cuadrado equivale á 100.000.000 de metros cuadrados. De manera que la parte habitable de la superficie terrestre (1.200.000 miriámetros cuadrados contiene 120 billones de metros cuadrados.

Ahora veamos cómo los hombres actuales se pueden distribuir igualmente en todo este espacio. Dividiremos 120 billones, número de metros cuadrados habitables, por 1.300 millones, número de hombres existentes. El cociente es 92.308; mas tomaremos en su lugar 100.000, número redondo, inmediatamente superior. Dicho número indica que á cada hombre se po-

drian asignar 100.000 metros cuadrados.

Malthus, el famoso economista inglés, sostiene que la población del orbe no puede pasar en mucho el límite á que ha llegado ahora, como quiera que si tal sucediera, faltaria, como el dice, el terreno indispensable para la producción de los alimentos (1). Muchos siguen á la misma opinión, de la cual puede sacarse un argumento favorable á la creencia de aquellos que creen próximo el fin del mundo.

Otros, sin embargo, creen que la tierra, gracias á la industria humana, puede hacerse mucho mas productiva de lo que es ahora, y añaden que en tal caso los hombres podrán llegar á cerca de 12.000 millones, casi décuplo de la población actual. Imaginando que la tierra tenga ya la prosperidad y 12.000 millones de habitantes, cada uno de estos no podrá contar como antes, con los 100.000 metros cuadrados, sino solo con los 10.000.

Así arreglados, no solo los que viven en nuestra época, sino tambien los que vivirán más tarde, preparémonos á la empresa de dar asilo á aquella multitud de hombres prehistóricos, la cual, volvemos á repetirlo, se expresaba por la unidad de 433 ceros. En primer lugar, amontonaremos cuanto podamos sobre la superficie habitable del globo. Condensemosenos de tal modo que se cuenten 10

(1) El ensayo sobre el principio de la población.

por cada metro cuadrado; cosa verdaderamente imposible si, mientras realizamos esta prueba no pierden los cuerpos su natural impenetrabilidad. Por lo tanto, habremos colocado 1,200 billones, como quiera que la tierra habitable tiene, según se ha dicho, 120 billones de metros cuadrados.

Mas ¿qué hemos avanzado? Resta aun una suma de 433 cifras, siendo nueve las 417 primeras, ocho las dos siguientes y ceros las 14 últimas. Entonces, solo nos queda el partido de construir habitaciones para todos, divididas en pisos de un metro de altura, y que se alcen hasta la luna; y si alguien nos echa en

cara tan audaz calculo, pronto concluirá ce maravillarse, cuando vea que, á pesar de haber avanzado tanto en apariencia, en realidad no nos hemos apartado de la primera barrera.

La distancia de la luna es 60 veces el radio medio de la tierra; ó, en otros términos, si se pusieran en fila 30 globos semejantes á la tierra, quedaria situada esta en una extremidad de dicha fila, y la luna en la otra Y siendo el radio medio de la tierra, poco más ó menos, seis millones de metros, la distancia total equivaldria á 360 millones. Ahora, teniendo nuestras casas 360 millones de pisos, en caduno de los cuales imaginamos que entren tantos hom-

bres cuantos habiamos colocado en el terreno plano, se obtiene un número de 24 cifras. Tomada esta suma de aquella que nos está proporcionando tan insólito trabajo, nos queda siempre ante la vista una cantidad de 433 cifras. Pero ¿por qué nos detenemos en tan poco? Dirijámonos al sol, que está 400 veces más distante que la luna. Imaginemos que nuestros edificios lleguen á tal altura; el número de pisos será de 400 veces tanto cuanto eran los que solo llegaban á la luna, y se podría colocar en ellos un número de hombres indicado por un 2 seguido de 26 ceros. Mas con esto tampoco conseguimos nada ni siquiera llegando á



LA PAGODA DE LOS CINCO PISOS Y ANTIGUA PORTALEZA DE CANTON.

Júpiter, á Saturno, á Urano y á Neptuno, que son los cuatro planetas llamados superiores, por estar á mucha más distancia de nosotros que el sol.

Es necesario por fin abandonar los límites de nuestro sistema planetario.

Volemos hácia el cielo estrellado en donde con el bondadoso permiso de los astrónomos, podemos merodear en un campo ilimitado. Ellos han procurado, con gran actividad, medir la distancia de las estrellas de algunas constelaciones como el Centauro, el Cisne, Sirio, la Luna y el Aguila, y dicen que esa distancia es por lo ménos 200.000 veces mayor que la del sol; agregando tambien que hay, con toda seguridad, muchas otras estrellas mil veces más lejanas que las nombradas. Hecho el cálculo, se encuentra que dichas estrellas distan de noso-

tros tantos metros como unidades contiene la suma 1.728 seguida de 15 ceros. Mas teniendo en cuenta la licencia que, según lo hemos indicado, nos conceden los astrónomos, pondremos una cantidad mayor, esto es, un 2 seguido de 18 ceros. Tal será el número de aposentos, elevado hasta las estrellas, en los cuales, estrechando á los hombres aún más de lo que aquí se ha hecho, podrá haber una multitud expresada por un número de 34 cifras. Y bien: siendo casi nada tal suma al lado de las 433 cifras de hombres pre-históricos que buscan asilo, parece que ya se debe abandonar toda esperanza de atender á tantas demandas.

«Pero, dirá alguno, si los grandes edificios hasta aquí designados sean como seis torres, de las cuales una se levanta de Europa, una de Asia, una de Africa, dos de ambas Américas y la últi-

ma de Australia; y si estas, levantadas á plomo, es decir, en la dirección del radio terrestre, tienen contiguas ó vecinas sus bases, claro está que se apartan unas de otras, tanto cuanto se acercan sus extremos que tocan á la tierra: tal como sucede con los radios de una rueda, que se tocan en el punto de donde parten, alejándose despues, á medida que disminuye su distancia al círculo. Por consiguiente, entre torre y torre queda un espacio vacío, superior, con mucho, al espacio habitado. Y ocupando estos espacios vacíos, ¿no se llegaría á contentar á toda aquella gente?

Para ser corteses con quien así habla, haremos más de lo que nos aconseja. Supongamos que el orbe entero, enjutos los mares, sea habitable, y que los pisos de los edificios sean otras tantas superficies esféricas y concéntricas

con la tierra, de manera que irán agradando á medida que se acerquen á los astros, ocupando la última bóveda estrellada. Mas aún: para que nada reste que desear, hagamos abstracción de la tierra, al par que de los planetas, de los cometas y de las estrellas, dejando vacío todo el espacio esférico cuyo centro es el orbe terrestre, y cuya superficie el cielo estrellado. Llenaremos de hombres dicho espacio, suponiéndolos privados de toda gravedad y más penetrables. Privados en gran parte de impenetrabilidad, podrán caer diez en cada metro cúbico; y privados de toda la gravedad quedarán fijos en donde se les coloque, sin caer ni oprimir á los que se encuentran debajo, en la suposición de que han desaparecido hasta los edificios, con sus pavimentos y desvanes. Y sin embargo, ¿quién lo creería! con tantas suposiciones hemos conseguido menos que si hubiésemos quitado al mar un solo litro de agua; he aquí la razón.

¿Cuántos metros cúbicos contiene la esfera que tiene por centro á la tierra, y á la bóveda estrellada por superficie? Tantos cuantas unidades contiene una suma de 56 cifras.

Y tomando un número más grande aún, pondremos en su lugar la unidad seguida de 56 ceros. El decuplo de esta cantidad, esto es, la unidad seguida de 57 ceros, indicará el total de hombres que llevará aquella esfera imaginaria; ya que, como lo hemos establecido, á cada 10 hombres corresponde solo un metro cúbico. ¿Cuántos litros contiene el mar? Para responder á esta pregunta se debe multiplicar la superficie del mar por su profundidad. La superficie, como ya se ha dicho es de 3.800.000 miriámetros cuadrados, más ó menos; y suponiéndola mayor, la haremos igual á 4.000.000 de miriámetros cuadrados, ó lo que es lo mismo, 400.000.000 de metros cuadrados. La profundidad no es la misma en todos sus puntos, pues en muchos no pasa de un kilómetro, y en algunos otros es mucho menor, y gr., en el mar Adriático; mientras que en el Océano Pacífico y en los mares polares se ha encontrado de más de 4.000 metros. Más de una vez, bajada allí la sonda no ha podido encontrarse el fondo. No obstante, los geógrafos admiten como cosa averiguada que la máxima profundidad del Océano no excede á la máxima elevación de las montañas y de aquí concluyen que ningún fondo excede á 8.000 metros, añadiendo que la profundidad media del Atlántico es de 1.000 metros, y de 4.000 la del Pacífico. Imaginemos que el Océano obtenga en todas partes la misma profundidad de 10.000 metros. Es ciertamente un despropósito, pero lo dejaremos pasar con el beneplácito de los naturalistas que sostienen la teoría de los hombres prehistóricos. Con que, multiplicando 10.000, profundidad del mar en metros, por 400 millones, su superficie en metros cuadrados obtendremos el número de metros cúbicos de las aguas marinas. Y ya que cada metro cúbico equivale á 1.000 litros, multiplicando dicha cantidad por 1.000, se tiene la suma total de litros, igual á 4 seguido de 28 ceros. Pero para mayor abundamiento, tomaremos una suma mayor de doble, á saber, la unidad seguida de 29 ceros.

Por lo tanto, los números que deben compararse entre sí son estos: el único litro que queremos quitar al mar y la unidad seguida de 29 ceros, es decir, toda la extensión de las aguas, y por otra parte la unidad seguida de 57 ceros, número de las personas condensadas en el quimérico globo, y la unidad seguida de 433 ceros el número de los hombres existentes al principiar el tiempo histórico. De los dos últimos números, el primero es al segundo como la sola unidad es á la unidad seguida de 376 ceros. Así, pues, sustraer de dichos hombres prehistóricos los contenidos en la esfera, es como si se quitase una sola unidad de la unidad seguida de 376 ceros; mientras que quitar al mar un litro de agua es como quitar una unidad á la unidad seguida de 29 ceros. Y de aquí se concluye que, como lo hemos dicho, lo primero es mucho menos que lo segundo. Y lo es tan inferior, cuanto la unidad seguida de 376 ceros es superior á la seguida solo de 29.

Tal vez á alguien habrán parecido exagerados nuestros cálculos, ó quizás curiosos é inútiles; pero, por nuestra parte, hemos preferido exponernos al riesgo de ser tachados de

prolijos, aunque no lo tememos de los lectores perspicaces, á que quedase uno solo, aunque de escaso ingenio, que no llegase á formar una idea clara de la desmesurada grandeza del número en cuestión.

Tan incalculable multitud de hombres prehistóricos debería imaginarse más grande aún, atendiendo á la opinión de algunos geólogos, que suponen que los primitivos miembros fueron muchos, y que el aumento de la población fué tan grande entonces, como no lo ha sido en el tiempo histórico. Supongamos que los miembros primitivos fueron diez en vez de uno; nuestro número entonces tendrá una cifra más; suponiendo que fueron 100, tendrá dos cifras más; y así sucesivamente tendrá tantas cifras más, cuantas veces se multiplique por 10 aquel miembro primitivo que hemos imaginado.

Si el aumento de la población se hace igual por ejemplo, á 200, y no ya á 300, el número, en vez de tener 434 cifras, tendrá 641. Basta abrir los ojos para cerciorarse de que con nuestra hipótesis hemos favorecido á dichos geólogos. Además, en todos los cálculos hasta aquí hechos hemos dado continua prueba del modo amigable y hasta podemos decir generoso, que desde el principio nos propusimos usar con ellos. Hemos pasado la pluma sobre todo número que ha aparecido en nuestro papel, sustituyéndolo, ya por uno mayor, ya por uno menor; cambios hechos siempre en provecho de ellos y en perjuicio nuestro.

Sin embargo, se puede asegurar que los mismos sábios, aprobando nuestros cálculos, piensan al mismo tiempo, como nosotros, que no pudieron existir jamás tantos hombres cuantas son las unidades de un número de 434 cifras; puesto que, á falta de otra razón, tiene bastante valor aquella de que este gentío inmenso no podría haber, no solo en verdaderas moradas, pero ni aun en espacios imaginarios.

Ahora les pedimos nos expliquen como los hombres prehistóricos, no alcanzaron á la suma en cuestión al principiar el tiempo histórico, mientras que, según sus mismos cálculos, no solo debieron alcanzarla, sino sobrepujarla, en mucho. Pero dejémosles meditar descansadamente la respuesta, y resolver un argumento del cual puede decir sin temeridad, cualquiera que recorra sus libros, que ni quiera sospechaban que existiese.

CERVANTES Y COLON.

La vida de los grandes hombres es un perenne canto elegiaco, es un eterno poema de dolores. Empero cada una de sus lágrimas es una sonrisa de la humanidad; cada una de sus desventuras es el grito del placer del mundo. La miseria es la cuna del genio; sus aflicciones, sus gemidos, su indigencia son gradas que conducen al pedestal de la gloria. A través de las brumas que le circundan, á través de la neblina que le envuelve, vislumbra horizontes matizados de consoladores tintas, entrevee la mirada de Dios; porque los irs del genio son las pupilas de la Divinidad. Su existencia real es un martirio sublime, es una epopeya escrita con caracteres que brotan lamentos, en las áureas páginas de un libro inmortal: la Historia. El genio es el espíritu del espíritu, es el effluvio de Dios encarnado en el alma del hombre.

El sentimiento es la poesía de la vida. Cuando leo la biografía de Colon, mi corazón se agita violentamente; cuando con el escalpelo de la inteligencia diseco la vida de Cervantes, se cubren mis mejillas de lágrimas; llanto semejante al que pudiera verter á la vista de una estatua salida del cincel de Phidias ó ante la contemplación de la capilla Sixtina; llanto de admiración, llanto sugerido por una perfecta manifestación estética, llanto que da vida é inicia un arrobamiento ideal. Yo me complazco recordando la crucifixión del genio; porque es la redención de la humanidad.

Desdichas, peregrinaciones, calumnias, suspiros, amores, concepción de esperanzas y muerte de ilusiones, todo, todo uno, todo enlaza á Colon con Cervantes. El uno es el atleta de la navegación, el coloso que realiza el gran pensamiento de la unidad del globo, el artífice que pule una obra divina; el otro, el mágico

sublime que metamorfosea costumbres, emancipa el hombre de ancestrales preocupaciones; trueca con su pluma, sociedad, creencias, literatura. El primero nos dá un mundo lleno de savia, rico, fecundo como un sol, un nuevo cielo, brisas más puras, sombras vaporosas, valles que son tapices de esmeralda, vegetación soberbia, cascadas que son caídas de diamante y plumajes se asemejan que á los arreboles de la primera sonrisa de Febo; el segundo puede deryclamarlos una literatura.—¿qué digo una literatura!—puede exigirnos una época y una vida. Cervantes tiene una obra, que sin ser los cantos Pindáricos, los himnos Troyanos, los ecos de las vibrantes cuerdas de la lira de Homero, las fantasmagóricas elucubraciones del Dante, los robustos arcaísmos de Shakespeare, los místicos y enérgicos versos de Calderón, las brillantes y religiosas concepciones de Milton, es más grande, es más atlética, es más sublime aún.

Si me fuera lícito, si ignorase que las leyes de la naturaleza son eternas como el legislador que las dicta, si no se me calificara de obcecado al verter este juicio, exhibiría una opinión atrevidísima... Cervantes ha trocado el orden social, como Colon cambió el orden de la naturaleza. El piloto de Florencia estudia el espacio, sonda el mar, oprime lo que era un sueño: el cautivo de Túnez ahonda otro libro aún más vasto y profundo, el corazón humano. La concepción del uno es un decreto de Dios; la creación del otro es una emanación de la omnisciencia divina.

La vida de Colon y la de Cervantes es un mismo asunto con diversos personajes. Lágrimas é ilusiones, quimeras y desengaños, incentivos y persecuciones, hé ahí los episodios que forman la existencia de los grandes hombres. Lo que exteriormente parece una contradicción es en la vida de los varones ilustres un hecho inconcuso. Decidme, si no, el pensamiento que acaricia Colon ¿no le hace gozar las ingratitudes que como premio recibe? ¿No le dilacerarán más el alma que el crimen de Bobadilla? La satisfacción infinita que le causa á Cervantes el hallar, en aquella noche gloriosa é inolvidable, el nombre de su heral inmortal, ¿no le produce una fruición inconcebible? El llanto que humedecía las páginas de su eterno libro, ¿no era el testimonio de un dolor acerbo? La fiebre que devoraba el alma de Colon en aquel 11 de Octubre, ¿no era el vértigo de la esperanza? El ardor que ponía incandescente el cerebro de Cervantes, al trazar las cuartillas del «Quijote», ¿no eran las fulguraciones del genio?

Tiene una extremada afinidad la vida de Colon con la de Cervantes. Pinzon trata de arrebatarse la gloria al primero, Avellaneda intenta usurpar la originalidad al segundo; Colon peregrina fatigoso, apoyado en el nudoso bastón del viandante; con la mano fija en la frente de su hijo, con el alma preñada de esperanzas y el corazón impregnado de lacerantes recuerdos, por las vegas de Andalucía, Cervantes rocorre las llanuras de la Mancha con un mundo en su cerebro, con una concepción titánica en su inteligencia, con el sentimiento de la gloria en su pecho y con el genio del fuego en su cráneo; Colon ama á Elipa Pallestrello, Cervantes aspira aroma de pasión en el aliento de doña Catalina Salazar; Colon lucha con las tempestades, con las rebeliones, con los elementos, Cervantes vierte su sangre sobre el puente de las galeras de Coloma; Colon retorna á España encadenado en un bajel, Cervantes sufre el cautiverio en una mazmorra pide Colon; hospitalidad; Cervantes mendiga el sustento; Colon goza de la tutela de Juan Perez de Marchena; Cervantes tiene la protección de los Trinitarios. Ambos son piadosos, místicos con una fé instintiva. A los dos alienta el sentimiento religioso; este se halla esculpido en su alma: en el confían y por él triunfan.

Es innegable: ha ejercido una influencia no aquilatada aun, el sentimiento religioso en la realización de las grandes empresas, en la con-

cepcion de las grandes epopeyas del humano ingenio, en los grandes progresos de la razon.

Un cristiano siente mover la tierra bajo sus plantas y grita «¡Epour sí mouve! Un cristiano encadena el rayo y se hace señor de los elementos.

Un cristiano crea el gran poema épico, una de las maravillas del genio, «La divina Comedia.»

Un cristiano halla las leyes de la gravitacion universal.

Un cristiano inventa el «telescopio del alma,» como llama Lamartine á la imprenta.

Cristianos son tambien Cervantes y Colon, éste arrebatado á los mares el secreto de un mundo; aquel desentraña de la inteligencia humana los misterios de la perfeccion.

Por el cristianismo tenemos un mundo; por el cristianismo leemos la biblia de la razon.

Cervantes y Colon son las grandes figuras de la historia, las vastas encarnaciones del genio, las irradiaciones de la pupila divina, la metempsicosis de Dios.

Dios es de todos; Cervantes y Colon no son de un pueblo, ni de una época, son de la humanidad, son la gloria de los siglos.

Colon exclama desde la proa de la «Pinta tierra, tierra,» y Cervantes le responde, al trazar la última página del «Quijote, ¡Inmortalidad, Inmortalidad!»

FEDERICO HERNANDEZ Y ALEJANDRO.

LA CRUZ DE LA ERMITA.

Pobre María!.. murió en la flor de sus años cuando aún el rocío de la dicha, no se había posado en su frente de azucena; cuando su tierno corazón palpitaba al primer arrullo de la esperanza bienhechora!.. Era gentil como la gallarda palmera del desierto; con sus rizados cabellos rubios que al desatarse la cubrían como madejas de oro, con aquellos ojos azules como el cielo, grandes como el amor de una madre, tristes como el suspiro de un desterrado; con un rostro de querubín que ondeaba sobre un cuello de cisne, como el botón de una rosa al aliento de la brisa del mar!.. María vivía en Mataró, en aquel pueblo encantador, en aquel nido de flores tejido por una diosa, que se alza en un risueño valle de luz, recostado entre palmas, laureles, mirtos y tulípanes, bañado por las cristalinas ondas de los lagos, oreado y mecido por los céfiros que le envía el gigante Montseny cuya nevada cima se pierde en las nubes!..

Era en 1808. Se escuchaban los broncos sonidos de las campanas tocando á rebato, el lígubre redoble del tambor llamando á los hijos de Cataluña, y lejos... muy lejos, los vibrantes ecos de los clarines de los invasores, cuyas bélicas notas se perdían en alas de las brisas que gemían murmuradoras!.. Los álvos guerreros de España desplegaron sus indomables banderas de oro y grana... resueltos como la fé, imponentes como el destino, sombríos como la tumba; habíau alzado estremecidos de furor, el guante misterioso de una lucha desconocida, que la Francia arrogante habia tirado á sus pies. Los primeros rayos del naciente sol, alumbraban los llanos, donde resplandecían en confusos montones, masas de hombres, bosques de lanzas, carros, escuadrones y bayonetas.

Los vientos que rozaban las crestas de las montañas vibraron con un alarido inmenso, y una detonacion compuesta de mil y mil detonaciones atronó el espacio. Se daba una batalla entre franceses y catalanes. El ala derecha de éstos, después de sufrir el horroroso fuego de doce piezas de artillería durante dos horas casi á quema-ropa, diezmada, empujada, batida, asaltada y vuelta á asaltar por numerosas fuerzas, emprendía la retirada. El enemigo, creyendo como la marea ascendente del Atlántico, subía hácia Mataró, en cuyas calles, jóvenes y viejos, niños y mujeres corrían en auxilio de sus hermanos.

En uno de aquellos grupos de valientes soldados improvisados iba un hermoso oficial, al que llamaban Julio sus compañeros. Tambien marchaba al combate, pero vacilante y preocupado; no velaba sus ojos la sombra del temor, pero sí su alma enamorada la bruma del sentimiento. ¡Tenia una novia que se llamaba

María, y se iria sin verla!.. ¡Oh, no!.. La muerte puede tocarle con su dedo misterioso y él caerá tranquilo sabiendo que María guardará en su corazón su última palabra. El la quiere como se quiere una vez no más en la vida; con ese amor que lleva al infierno ó al paraíso. Un grito de gozo que le extremece de placer y escucha á su espalda, le hace volver los ojos y se encuentra con María que se arroja en sus brazos.

—¡Oh, Julio!.. le dice afanosa; no salgas al peligro, no vayas al combate... yo moriría de dolor si algo te aconteciese.

—«María, luz de mis ojos, contesta el joven estrechándole las manos, ya te he visto antes de marchar y soy dichoso... déjame partir... la pátria es primero que nuestra felicidad María, si no nos volvemos á reunir vivos en la tierra, te esperaré en el cielo. Amame...»

Un remolino de gente que corría á reforzar la línea de batalla, separó á los dos amantes, arrastrando á Julio á la pelea.

Era por la tarde de aquel día. Los leones catalanes habíau roto entre sus garras los estandartes franceses. Los vencidos huían. María buscaba á Julio entre los que regresaban victoriosos á sus hogares, pero ay!.. Julio no volvía con ellos. Muchos le habíau visto caído de fuego y balas en lo mas recio del combate, tranquilo, invulnerable, sonriente; de pié, como el genio del exterminio!.. María siente en el pecho una opresion dolorosa, le parece escuchar allá dentro del corazón, una de esas voces que le hablan muy bajito, cuando anuncian una desgracia. Ya las sombras del crepúsculo invaden la tierra, María no puede resistir la inquietud que la devora y corre al campo de batalla. Mira entre la oscuridad los cadáveres que yacen por todas partes: aquellas caras blancas é inmóviles, de ojos abiertos y empañados que la observan fijas, no la asustan... sigue y sigue!.. pero no encuentra á Julio entre los muertos. Por fin, rendida de cansancio, llega junto á una cruz de piedra, en cuyas gradas se sienta. Está al fin de la llanura, se llama la «Cruz de la Ermita.» Tambien allí hay un soldado muerto ó tendido, pero María ya no vé.

Lágrimas ardientes surcan sus mejillas de alabastro, suspiros cavernosos lanza su seno. Prostrada al pié de aquel signo de nuestra redencion, parece el ángel del martirio, llorando por las desdichas de los hombres. Un gemido que casi brota á sus plantas, la arranca del pesar por un instante... En aquel momento, la luna asomando detrás de una negra nube, baña el campo con su luz melancólica, y María contempla el cuerpo que yace á sus pies... ¡Santo cielo!.. es Julio; su amante, inmóvil, pálido y ensangrentado!.. ¡María se arroja sobre el bañándole de lágrimas, inundándole de besos!.. ¡El herido hace un movimiento, trata de incorporarse al reconocerla; pero no puede, sus ojos que vela la agonía se animan un momento, la estrecha convulsivamente las manos; levanta los ojos al cielo, con una mirada, con esa mirada que solo tienen los moribundos, indica á María que allí están por siempre unidas las almas que en la tierra se idolatran... y cae pesadamente sobre la falda de su amada!.. ¡Julio está muerto; pero María sigue besando su frente helada, estrechándole entre sus brazos, reteniéndole contra su corazón!..

Han pasado algunas horas. La noche está adelantada, el cielo azul y puro, ni la más ligera nubecilla flota en el firmamento: la luna en su mayor altura trasparente y solitaria, alumbrá con todo el esplendor de su luz blanquecina la extensa llanura, ancho cementerio donde duermen yertos y callados, unidos y silenciosos, vencedores y vencidos: es imponente la helada majestad que respira aquella gran tumba. A la sombra de una cruz se ven dos cadáveres estrechamente abrazados, son Julio y María, la muerte los ha desposado; en sus frentes blancas como la nieve, el rocío de la noche ha tejido una corona de perlas cristalinas.

Si hoy salís de Mataró por el Norte, en el primer límite del camino que baja al mar, veis aún en pié la «Cruz de la Ermita.» Una

grieta del pedestal que la sostiene deja paso á una robusta yedra cuyos ligeros ramos la entrelazan, colgando en festones á lo largo de sus brazos de granito. Junto á ella está la sepultura donde yacen Julio y María. Allí duermen su sueño eterno; allí, hace mucho tiempo, al caer la tarde, durante mis paseos solitarios, cuando el sol habia desaparecido, cuando el día apagaba sus resplandores, cuando la estrella crepuscular brillaba temblorosa en el espacio, contemplaba yo henchido de melancolía un tierno lirio que brotaba sobre la fosa... Una vez encontré al lirio helado y marchito... ¡Tambien habia muerto!.. ¡Triste destino!.. Las flores tiernas viven poco en la tierra, lo mismo que las almas amantes; ¡su pátria es el cielo!..

FEDERICO PAGÉS.

EL JAPON.

De un estudio sobre el Japon tomamos algunas noticias de salarios, medios de existencia y costo de los artículos y mercaderías principales, ateniéndonos á lo que dice su autor

En el distrito habitado por él, los aldeanos desconocen ó conocen escasamente la miseria. Viven de poco, y se muestran muy satisfechos de su frugal existencia; y al ver pasar á un extranjero como prisionero de guerra se admiraban de «que existiese quien de otra cosa se ocupara que de sacar del seno de la tierra los gérmenes bienhechores que Dios depositó para todos.» Los artistas ya es otra cosa; buscan el bienestar, y su condicion ha cambiado mucho de algunos años á esta parte. Bajo el punto de vista de los salarios, lo mas favorecidos son los ebanistas; que ganan tres bus al día; (el bus equivale á una peseta y veinticinco céntimos). Otros, los que hacen ladrillos, por ejemplo, han de contentarse con un solo bus. Los carpinteros y los yeseros obtienen de uno y medio á dos bus; los pintores de edificios de 1 1/2 á 3. Los buenos obreros trabajando á destajo, pueden ganar cómodamente mucho mas, y los albañiles y los que hacen ladrillos aprovechan la creciente aficion de sus compatriotas á las casas de piedra ó ladrillo para alcanzar jornales de seis pesetas y más.

Veamos ahora la cuenta de gastos. El alquiler de la vivienda puede apreciarse en 6 bus al mes y la alimentacion en 11, siendo regular, en cual caso se compone de tres comidas diarias, compuestas de arroz, sopas de legumbres, pesca salada y patatas dulces; 16 ó 20 bus representan el gasto del vestido. Como se vé, este presupuesto deja un lindo márgen para los honestos pasatiempos. Para el japonés en familia, el gasto es de 35 á 37 francos mensuales, segun M. Robertson, quien advierte además que sus cifras son las de Yokohama en donde un conjunto de cargas bastantes pesadas, y las extorsiones mas ó menos disfrazadas de los magistrados municipales, hacen muy onerosa la vida de los pobres.

En otro tiempo, un japonés de cierta clase, aunque fuese casado, vivía, tenía criado y caballo, vestía y comía bien. Hoy el mismo tren de vida le cuesta de 400 á 425 pesetas. En compensacion se han abaratado los medios de locomocion y tránsito, y los steamers permiten al viajero recorrer trayectos de 576 kilómetros por 43 francos, comprendiendo la comida.

La tierra del sol levante, encierra grandes recursos naturales y elementos de porvenir; minas inagotables, poblacion densa y numerosa, y una agricultura avanzada y floreciente, que, sin embargo, solo produce trigo, arroz y legumbres; ni pastos, ni ganados; apenas algunas aves de corral. Las viñas abundan; pero de ellas solo se sacan espíritu. Si el impulso europeo continúa dejándose sentir, estas lagunas se irán llenando. Para Europa es una cuestion de prudencia y medida; para el Japon, se trata de elegir entre un progreso fecundo y un desastroso retroceso. Los artistas y los viajeros á quienes la uniformidad horroriza, deplorarán sin duda alguna la transformacion de las antiguas costumbres y la desaparicion de los trajes originales; pero las regiones no exploradas todavía ó apenas desfloradas por el contacto del viejo Occidente continuarán largo tiempo aún ofreciéndonos las variedades y

contrastes que son su encanto. El economista y el etnólogo permanecen en la disposición de espíritu que les es propia, al felicitarse de la fusión de las razas, al presenciar como van desapareciendo los antiguos obstáculos, gracias á los maravillosos progresos de la industria y á la marcha invasora del comercio.

TIERRA.

Está reconocido por los más eminentes físicos que la tierra vá gradualmente perdiendo su calor y que se contrae á medida que se enfría. Si este procedimiento de contracción fuese uniforme, no resultaría la acción subterránea, pero si la contracción en el interior es más rápida que en la superficie, esta de un modo ó de otro, tiene de ejercer su acción sobre el núcleo remoto. M. Mallet demuestra en la teoría, que la porción interna más caliente debe contraerse más pronto que la capa exterior relativamente fría, y que la contracción de la superficie ocasiona los fenómenos de la acción volcánica.

En épocas remotas, cuando la tierra estaba aun formándose, la contracción produjo las irregularidades de nivel que vemos en la elevación de la tierra y en la depresión del lecho del Océano. Vino después el período en que al contraerse la superficie se formaron arrugas, ó mejor dicho las sinuosidades y prominencias, que son las montañas de la tierra. Últimamente como el globo perdió gradualmente su elevada temperatura, la continuación no permitió la formación de cimas y mesas de tierra, sino dislocaciones y trastornos locales.

Este procedimiento continúa en marcha progresiva, y M. Mallet no solo reconoce en él el origen de los cambios de nivel, sino la verdadera causa del calor volcánico, apoyado en la teoría moderna del cólico como fuerza motora. Como que la corteza sólida oprime el núcleo contraído, la fuerza desplegada en comprimir y desalojar las partes de la capa superficial, se transforma en calórico, y por medio de él en los lugares donde el procedimiento vá con mayor energía, el material de la roca y sus adyacentes se funden por el calor. El acceso del agua á estos puntos determina la erupción volcánica.

M. Mallet ha confirmado su teoría por medio de observaciones, experimentos y cálculos demostrando que menos de la cuarta parte del calor que al presente pierde la tierra cada año, es suficiente para producir toda la acción volcánica que en este término se produce, y que la energía volcánica de la tierra es una fuerza que declina gradualmente en cada año que trascorre.

DON JUAN TENORIO.

El Burlador de Sevilla.—No hay plazo que no se cumpla.—D. Juan Tenorio.—Refundición del Convidado de Piedra.

Es costumbre ya muy antigua que la mayor parte de las compañías dramáticas pongan en escena en esta época del año el drama *D. Juan Tenorio*, y apenas hay teatro de Madrid ó de provincia en que actúe compañía de verso que no lo represente, amen de muchas de zarzuela y de otras de aficionados, formadas á propósito, para exhibir tan popular obra.

Nada abría que oponer ciertamente á la representación de un drama cuyo argumento estuviera fundado en la existencia de la vida ulterior y de premios y castigos en ella, ahora fuera mostrando la Justicia Divina con el pecador obstinado, ahora la gran Misericordia de Dios para con el arrepentido; pero al recurrir á la intervención sobrenatural para el desenlace de un drama, fundado en la verdad de la otra vida, el criterio católico exige que la justicia, que condena eternamente, recaiga en el rehacido á las inspiraciones de la Gracia, y que á la acción de la Misericordia preceda el arrepentimiento.

El Burlador de Sevilla, verdadero tipo de D. Juan Tenorio, escrito conforme á la leyenda tradicional, por el maestro Tirso de Molina, se conformaba plenamente con la doctrina católica, encerrando, por tanto, saludable enseñanza, porque ofrecía al público el espectáculo de un libertino, no incrédulo en verdad, que empleaba en el mal las grandes condiciones con que se hallaba

dotado, las cuales, con ser tantas, no le sirvieron sino para su eterna infelicidad.

Tirso, que en el *Convidado por desconfiado* presenta el tipo de quien pudiendo arrepentirse por dudar de la Divina Misericordia, pierde la salvación, en el *Burlador de Sevilla* ofrece al que, entregado á los vicios, no hace caso de la Divina Justicia y persiste en su obstinación, por lo cual se vé abandonado del divino auxilio.

Entre ambas obras dramáticas se encierra el pensamiento de San Juan Crisóstomo: «No os desesperéis, porque Dios es misericordioso; no os descuideis porque Dios es justo.»

El profundo pensamiento del *Burlador de Sevilla* ofrece; sin embargo, el inconveniente, no diremos defecto literario, de que el protagonista sea tipo repugnante, antiestético, pues que no puede interesar ni conmover á aquel cuyas maldades merecen la justicia de Dios.

Por esta razón, sin duda, don Antonio de Zamora al popularizar el drama de Tirso en su *Convidado de Piedra, ó No hay plazo que no se cumpla*, si presentó la acción de la Providencia, que nunca deja sin castigo las malas acciones, conservando á este propósito el desenlace del drama de Tirso, á saber, que Tenorio muriese milagrosamente á manos de la estatua del Comendador en el panteón que habia ido á profanar, puso en don Juan palabras de arrepentimiento y de contrición profunda. Y como en aquella hora suprema Tenorio no podia prometer la enmienda de su vida, para que su salvación se justifique, el autor hace que no solo se someta resignado á la Providencia, sino que reconociendo sus crímenes, ofrezca gustoso el sacrificio de su existencia temporal en desagravio de ellos.

En ambos dramas, tanto en el de Tirso como en el de Zamora, el protagonista no es un incrédulo, ni un ateo, ni hace profesión alguna de materialismo, en cuyo caso lo lógico sería vivir como vive, y no pasaria de ser un tipo vulgar, como tantos otros; porque con todas sus pretensiones científicas y sus alharacas de sistemas y de pensamientos profundos, las escuelas materialistas solo pueden ofrecer á la sociedad en sus secuencias lógicas, solemnísimos bribones. No, don Juan Tenorio es un libertino, un pecador, no un materialista, encenagado en el vicio, no se arrepiente porque vé lejos su fin... ¡Cuán largo me lo fiais! dice á los que se prometen el castigo de la Providencia, así en el drama de Zamora como en el de Tirso, á lo cual motiva esta respuesta del primer autor por boca de Beatriz:

Tarde fia quien de Dios
al divino juicio apela?

Y la siguiente réplica de D. Juan:
Qué sé yo... Déjame ahora,
y lo que quisieres sea.

D. Juan no niega nunca la acción de la Providencia; vé lejos su castigo y desecha tal pensamiento.

Pero la acción de la Providencia cae sobre Tenorio en ambos dramas, privándole de la existencia en lo más lozano de su juventud, de una manera pública, solemne y milagrosa, para mostrar que nadie escapa de la Justicia Divina aunque se burle de la humana; en el de Zamora, siendo necesaria la gran acción de ofrecer su vida en desagravio de sus crímenes para satisfacer á la justicia eterna, y que no sea reprobado; en el de Tirso reprobándolo; en ambos siendo el castigo de la mala conducta, no de la incredulidad.

En cuanto á los demás personajes, el Comendador, muerto en el de Tirso dice que está en gracia, en el de Zamora se presume; los demás aparecen recompensados ó castigados según sus obras y su bondad y malicia hecha pública, así como la milagrosa muerte de D. Juan, para satisfacción de ellos y justificación de la Providencia.

Huyendo de la condenación del protagonista, al escribir su popular obra sobre el mismo asunto el eminente poeta D. José Zorrilla, incurrió en el *D. Juan Tenorio* en otro no menos grave, literaria y moralmente considerado, cual es prescindir por completo de la verdad, suponiendo contricción de lo que solo es atricción, y casi forzada, y asegurar el perdón de los crímenes de don Juan, por aquella supuesta contricción. La consecuencia de tal defecto es convertir en lección de inmoralidad la moral que encierra el pensamiento de Tirso, verdadero creador del tipo de Tenorio; esto, prescindiendo de la inverosimilitud de la prolongada agonía de don

Juan en el último acto, y de la repetición de las apariciones de sus víctimas.

Lamentable es la profesión de materialismo de Tenorio en diferentes pasajes, la cual rebaja, vulgarizándolo, su carácter, y para evitar cuyo defecto, se incurre en el contrasentido de poner en boca de don Juan otros versos que revelan todo lo contrario, cuales son los de la antepenúltima escena del acto cuarto, en que pide al Comendador que le perdone, y le amenaza con que si le niega el perdón va á hacerle perder hasta la «esperanza de su salvación quizás.»

¿De qué salvación puede tener esperanza un hombre que asegura que nunca creyó en la otra vida?

Impropios de un ateo son aquellos coloquios con la estatua de doña Inés, «en quien reside su cuerpo, pero no su alma;» así como es impropia la exclamación de Tenorio al Comendador, emplazándole para el Juicio de Dios.

D. Juan muere á manos de Centellas en el drama de Zorrilla; ante él solo, se verifican las apariciones; la acción de la Providencia, por tanto, permanece secreta y obra indirecta.

La muerte de don Juan pasa como un hecho cualquiera ante sus víctimas, y la noticia de su salvación es casi cosa de familia; esto prescindiendo de la mala doctrina de que Dios se mueva á compasión por «un amor de Satanás.» según las frases de la sombra de doña Inés en el acto quinto.

Defecto gravísimo en nuestro sentir es hacer al Comendador, asesinado por D. Juan, á quien ni Tirso ni Zamora hicieron, tan vengativo, que niegue el perdón á D. Juan, y que muera en aquel acto, cuando su falta de caridad tenia tanta disculpa.

Pero el drama de Zorrilla, alterado el pensamiento capital del Tenorio, aun no llega á lo que trueca tal pensamiento la refundición representada este año en el teatro del Circo, de la obra de D. Antonio Zamora.

Buen pensamiento el de la representación de este drama si no hubiera querido vestirlo á la moderna, para que á la letra se cumpliera lo de «quedó más mal parada que comedia antigua en manos de autor moderno,» porque realmente la citada refundición es de lo más desdichado que darse puede.

Refundir una comedia no es variar el pensamiento capital del autor ni alterar los caracteres, de suerte que sean distintos de los que presentó, ni exagerar otros sacándolos del lugar que ocupan en la acción del drama; y esto es lo que ha hecho el refundidor.

No queriendo desacostumbrar al público á las innovaciones de Zorrilla, finaliza con gloriosa apoteosis la refundición, cosa no censurable, si á esto se hubiera limitado; pero ha seguido también las extravagancias que fantaseó Zorrilla, queriéndolas compadecer con el desenlace de Zamora; aumentadas, pero no torcidas, pues ni el refundidor explica, ni puede comprender el público dos actos de ilusiones infernales, como dice el Comendador, que son todos los que hace don Juan durante ellos.

En este caso la venida en espíritu de don Juan y la de cuerpo y alma de Camacho al panteón, son innecesarias; sobre inexplicables y absurdas, y en realidad no cumple don Juan su palabra, puesto que no va al panteón sino en espíritu y éste sería llevado.

Pero si don Juan muere milagrosamente por medio de la estatua del Comendador, ¿cómo esta le dice que le dió muerte Gonzaga? El resultado es que con tal contradicción se queda el público sin saber el desenlace; que en secreto se ejerce la acción de la Providencia si es la muerte extraordinaria, en este caso Gonzaga viene á aumentar el número de las víctimas, y si Gonzaga mata á don Juan, hay dos actos que huelgan por completo, quedando destruido todo el pensamiento.

Bien hubiera hecho el refundidor en dejar como estaba el drama, que se interrumpiese el duelo entre Gonzaga y Tenorio, huyendo éste al panteón donde hallase la muerte.

De este modo, y hecho público el prodigio, es como el pensamiento de la obra tiene su cabal desarrollo y desenlace, quedando recompensado el valor y caballerosidad de Gonzaga, y manifiesta la acción de la justicia de Dios.

Pero aún ha hecho más el refundidor.

D. Juan Tenorio se salva, y cuando ve que se condena en la refundición, después de muerto. A este efecto, dice que se arrepiente, por toda prueba hace un acto de fé, pero no pronuncia frases de verdadera contricción de

propósito de enmienda, ni de pesar de su vida pasada.

La conclusion no puede ser más heterodoxa. La fé aparece, y la fé salva, por sí sola; porque, segun dice, y es el pensamiento con que termina la refundicion:

«tiene vendados los ojos,
para no ver los pecados.»

En cuanto á lo demás de la refundicion hemos encontrado el defecto de sacrificar al gusto de hacer reir las mayores conveniencias. Ciertamente el gracioso tiene en nuestro teatro papel de importancia aun en las mismas tragedias, pero que este defecto se haya llevado al extremo en la refundicion, es imperdonable que el actor cómico sea director de la compañía y el mejor actor, sin disputa de ella, no ha debido suturizar para convertir en *jacarandosa soledad* el canto de *Catanla* ni para aumentar los ya sobrados chistes de la obra hasta convertirla casi en comedia de figuron, rebajando la importancia del protagonista.

Con tales enmiendas el *D. Juan Tenorio* nuevamente refundido resulta más inmoral que el de Zorrilla, cosa en verdad lamentable, dada la importancia y popularidad de ambos dramas.

No creemos que las heterodoxas frases puestas en boca de la fé hayan sido escritas con deliberado intento. Mejor pensamos que se ha querido afirmar solo que el poder de la fé es grande y ella base de las demás virtudes; pero la verdad es que lo que se dice es un solemne disparate, de gran trascendencia.

Los refundidores al poner manos en obras de nuestro teatro antiguo, para no echarlas á perder, y las empresas para no cometer la refundicion á quien tal haga, deben tener muy presente que no basta el conocimiento de la versificación, del juego escénico, del enredo dramático de un autor ó de una época dada; es necesario conocer más que todo eso, el pensamiento del autor, sus ideas, sus creencias, su vida misma y la manera de creer, de pensar de su época; si no harán lo que estamos viendo en las refundiciones por regla general, que guardan tal fidelidad al pensamiento del autor, como si en la exornacion las vistiesen de sombrero de copa y frac y sustituyeran por tramvias las literas y las carrozas por trenes expres.

El público en los tiempos de oscurantismo gozaba con los razanamientos teológicos de Calderon y comprendia y admiraba perfectamente sus grandes concepciones; nuestro público tan ilustrado, recibe con inexplicable indiferencia, *La Devocion de la Cruz*; pero no es mucho que así suceda, cuando los refundidores de las obras antiguas quieren acomodar á la escena moderna dramas religiosos escritos con el criterio católico y desfiguran por completo y desnaturalizan aquellas hermosas creaciones, por ignorancia de los principios fundamentales de religion.

Parte á evitar este daño seria el restablecimiento de la censura dramática, con intervencion de la autoridad eclesiástica, y con mayores atribuciones que las que antes de la revolucion tenia, á fin de que no se limitara solo á la moralidad de las obras.

Desearíamos que se hiciese una buena refundicion de *El convidado de piedra* de Zamora ó Tirso, quitándole en este caso el defecto capital de las obras de Fr. Gabriel Tellez, para que ya que sigue la costumbre de representar la leyenda del *Tenorio* el dia de Difuntos, sea el cristiano pensamiento original y español y tradicional, el que se ofrezca al público y no el *Tenorio*, influido por las extranjeras imitaciones, saturadas de impiedad y de escepticismo, de Byron y de Moliere, infieles á la tradicion y carácter meridional de *El burlador de Sevilla*.

EL MARQUÉS DE VALLE AMENO.

LA JUDIA DE TOLEDO.

(LEYENDA HISTÓRICA.)

Segunda parte.

(Continuación.)

Cerca de una hora habia permanecido Sahara con el conocimiento perdido.

Cuando lo recobró con el auxilio de la ciencia, sus primeras palabras fueron el nombre de Miser-Codro.

Pedrarias, que con el doctor y cuatro ó cinco damas rodeaban el lecho de Sahara, se estremeció de piés á cabeza.

En un principio habia creído que el síncope de Sahara obedecía á causas puramente físicas.

Hay personas tan sumamente impresionables, que son hondamente afectadas por un perfume

demasiado fuerte aspirado por mucho tiempo; y habia sido tal la lluvia de rosas, de geránios, de violetas, y de azulejas con que la Primavera habia inundado el salon, que la atmósfera se habia viciado, y de allí podia haber sobrevenido aquel accidente: pero el nombre del astrólogo borrado de la memoria del capitán, aunque no de su conciencia, le decía bien claro que algo muy grave habia sucedido aquella noche.

Preguntada Sahara por el doctor que causa habia podido determinar el desmayo, no dió otra respuesta que atribuirlo al calor, á las luces, al ir y venir de tantas gentes y tanto ruido, y á que se habia sentido indispuesta desde aquella mañana.

Para todos fué la disculpa válida, menos para Pedrarias.

Pasó media hora, y al cabo de ella, Sahara anunció que queria retirarse á su morada.

El capitán salió y breves momentos despues volvió á entrar diciendo.—Cuando gustéis: y ofreció su brazo á Sahara, que se apoyó en él.

Cuando llegó á la puerta de la cámara se detubo indecisa.

Parecia que vacilaba en volver á atravesar aquellos salones llenos de gente.

El doctor notó aquella indecision y la dijo.

—Podeis Señora escusaros de atravesar por medio de ese gentío: tomando esta otra puerta se encuentra una escalera que sirve únicamente para la servidumbre, y os encontrareis en breve fuera.

Sahara giró á la izquierda y dió un paso arrastrando á Pedrarias en la direccion indicada por el doctor: pero no dió mas que aquel paso.

Despues, como aquellas personas que ceden á un momento de temor; pero que luego se reponen y desafian el peligro que trataron de evitar, volvió á girar á la derecha, y con la cabeza alta y la mirada fiera, penetró en el salon de las columnas.

—Aquí está el peligro: pensó Pedrarias: para quien no habian pasado desapercibidos los encontrados pensamientos de la Judía: aquí está el peligro, y trata de arrostrarlo: veamos que es ello: y levantó igualmente la cabeza: apretó su brazo derecho contra el de Sahara, y apoyó la mano izquierda en el puño de la pequeña daga de corte que pendia cabe su escorcela.

Sin embargo; su mirada que siempre era fija, fiera y altiva, era vaga á la sazón.

Sabia que habia un peligro; la palabra pronunciada por Sahara al salir de su desmayo, se lo habia dicho: desafiaba ese peligro: pero lo desafiaba, no con el valor sereno de Sahara, si no con la jactancia del fanfarron.

Entre él y ella, habia la diferencia de las conciencias.

Sahara tenia la suya limpia.

No era su conciencia la que habia recibido el choque al oír nombres que estaban, si no olvidados, adormecidos.

Era su imaginacion.

El nombre de la Torre de Roboan lanzado de improviso á su oído, la habia representado, los felices dias de su infancia, la muerte desastrosa del que creia su padre.

Despues y todo esto con la velocidad que tiene el pensamiento, la horrible agonía á que la habia sugetado el viejo vampiro que se alimentaba con su sangre.

Así es que cuando oyó su nombre, cuando oyó decir á su enmascarado interlocutor, que era él mismo, la pareció sentir en su cutis desgarrado el contacto de los trémulos y febricitantes labios de aquella asquerosa sanguijuela; y fué tal el estremecimiento que corrió por todo su ser, tal la crispatura y contraccion violentísima que sufrieron sus nervios, que se desmayó, rechazando la espantosa vision.

Para Pedrarias, significaba algo mas el nombre de Miser-Codro, lanzado allí; en medio de un sarao, á tres ó cuatrocientas leguas del teatro de los sucesos, á que aquel nombre estaba ligado, y despues de cinco años que habian transecurrido.

Para Pedrarias iba unido al nombre de Miser-Codro, otro mas fatídico: y este era el de el doctor Fabricius, olvidado de su memoria como ya hemos dicho: pero no borrado de su conciencia.

Y así como Sahara vío al astrólogo tal como diariamente la visitaba en la prision de la Torre

de Roboan cuando iba á pedirle el licor de su venas, á Pedrarias se le presentó en su miserable lecho de los calabozos del Santo Oficio de la Inquisicion, demandándole para librarse de la hoguera, el veneno con que despues se habia deshecho del doctor.

El astrólogo murió aquella misma noche en brazos del agonizante que le asistía con los auxilios espirituales.

Al dia siguiente habia sido quemado su cadáver y aventadas sus cenizas; Sahara no habia pronunciado su nombre en cinco años: ¿por que lo habia hecho aquella noche al salir de su desmayo?

Pedrarias y Sahara atravesaron el salon de las columnas.

Ella con la mirada firme; como quien reta á un fantasma del que nada tiene que temer. El con la mirada vaga, indecisa, como quien teme que se levante una sombra del pasado.

Ambos recibieron á su paso por los salones, vivas nuestras del interés que habia despertado el accidente de Sahara.

Unos y otros intentaron á porfia hacerles desistir de su intento de abandonar la fiesta, pero todo fué en vano.

Sahara deseaba estar sola; y Pedrarias deseaba preguntar á Sahara.

Entre saludos y despedidas, llegaron al vestíbulo; bajaron las escaleras, y en el zaguan se encontraron con una litera de las que entonces, y por mucho tiempo despues, servieron, á falta de carruages, á las damas de elevada alcurnia, para visitas y viages.

Para las primeras, eran llevadas á brazo por lacayos: y para las largas jornadas, sobre mulos. Los caballeros hacian unas y otras á caballo, fuera cual fuera la hora del dia ó de la noche.

Una veintena de pages y escuderos abrian y cerraban la marcha. Los primeros llevando antorchas para alumbrar el camino; y los segundos, sendas tizonas y dagas para despejarlo: pues era muy comun en aquellos tiempos de revueltas verse asaltado por bandas de salteadores aun en medio de las calles de una gran poblacion; y se veía librarse combates en las enrejadas á las doce del dia.

Los vecinos cerraban puertas y ventanas al oír el ruido de voces ó el choque de las espadas, por temor á encontrarse con alguna bala perdida, de las que empezaban á salir de las bocas de los arcabuzes. Los muertos quedaban tendidos en la calle, hasta que acudia á recogerlos alguna ronda de arqueros, y las investigaciones de la justicia solian muy raras veces dar por resultado el castigo de los criminales, á no ser que el muerto fuera de tal calidad, que sus deudos formasen grande empeño en ello.

Sahara y Pedrarias llegaron á su palacio, y el capitán acompañó á la Judía á sus habitaciones.

—¿Como os sentís? la preguntó despues de haberla dejado en un ancho divan de terciopelo negro.

—Estoy bien: gracias: contestó Sahara de un modo que indicaba su deseo de no ser molestada. Y viendo que Pedrarias continuaba de pié delante de ella, añadió.—Podiais volver á la fiesta si gustais: yo estoy fatigada, y deseo descansar.

—No lo digo por tanto, Señora.

—Lo presumo: pero tampoco hay motivo para que os priveis de la fiesta que aun durará hasta el amanecer.

Pedrarias no contestó: permaneció un minuto de pié mirando de hito en hito á Sahara, y despues se dejó caer á su lado en el divan, tomándola una mano.

Sahara: e la abandonó: pero no fué dueña de comprimir un gesto de disgusto.

Para el capitán no pasó desapercibido: pero no soltó la mano.

—No vengo á pedirlos, Sahara, como otras veces, una espresion de amor; sé tras una experiencia de cinco años que vuestro corazón es incapaz de sentirlo: pero al menos creo que soy acreedor á vuestra amistad.

—Os engañais: contestó la Judía: si os soy deudora, lo soy de amor: de amor tal como vos lo comprendéis.

—¿Y como lo comprendo, Sahara?

—Como lo habeis comprado y pagado.

El capitán sacudió con fuerza, soltandola al mismo tiempo, la mano de la Judía.

—Señora, sois implacable; dijo con acento que se asemejaba á un rugido: implacable como la fatalidad.

—Teneis razon: replicó Sahara tan indiferente á la brusca sacudida de Pedrarias, como lo habia estado á su cariñosa solicitud; teneis razon D. Pedro: implacable como la fatalidad que me arrojó en vuestros brazos.

—Siempre me decís lo mismo, Señora.

—¿Y que quereis que os diga, ni de que os quejais? Esclava de la fatalidad, me comprasteis al verdugo, y esclava vuestra soy.

—No digais eso Sahara: no digais que sois mi esclava cuando más bien soy yo el esclavo de vuestros deseos.

—Nunca os he pedido nada.

—Lo sé; pero decidme que quereis, y vereis hasta donde llevo.

—Nada deseo.

—Lo sé tambien y eso causa mi desesperacion: No os podeis figurar Sahara cuanto daría por que se derritiera ese muro de hielo que envuelve vuestro corazon: hasta he llegado á desear que amaseis á otro hombre!

—¿Para qué? preguntó la Judía mirando fijamente al capitán.

—Para matarlo, y que al menos me aborreciais: quiero vuestro odio, mejor que vuestra indiferencia. quiero ser algo para vos.

—Ya lo sois.

—¿Y qué?

—Ya os lo he dicho: el Señor.

—¿Es que quiero ser el esclavo!!...

—Una pobre Judía arrebatada al tormento y á la hoguera, no tiene esclavos y mucho menos de vuestra calidad y vuestro nacimiento.

Pedrarias ententó hablar.

Despues hizo un poderoso esfuerzo sobre si mismo, y sacudió su cabeza como quien desiste de una idea.

Pasaron unos cuantos segundos de silencio, y por fin el capitán lo rompió, volviendo á sentarse junto á Sahara y diciéndola.

—Está bien; Sahara: sea lo que vos queráis.

—Pues bien: os suplico que me dejes.

—Así lo haré: pero antes os rogaré que me digais que os ha pasado esta noche.

—¿Cuándo?

—Cuando os desmayasteis.

—Ya lo sabeis: sentí un vahido y perdí el conocimiento: me sentía ya mal desde ayer.

—Me engañais Sahara.

La Judía no quiso decir que no, y guardó silencio.

—Me engañais; insistió Pedrarias.

—¿Que motivos teneis para sospecharlo?

—Que vuestra primera palabra al salir del desmayo, fué pronunciar un nombre, que yo creia haber borrado de vuestra memoria á fuerza de cuidados.

—¿Que nombre? preguntó Sahara un tanto sobresaltada:

—El de aquel maldito brujo que en Toledo.....

—Callad: le interrumpió la Judía: ni una palabra mas sobre el particular: os lo suplico, y tened en cuenta que es lo primero que os pido en cinco años.

—Pero.....

—No me obligueis D. Pedro á que tambien sea la última.

El capitán hizo un gesto de resignacion; despues tomó una mano de Sahara la llevó á sus labios, y la dijo.—¿Se os ofrece algo mas?

—Nada.

—¿Aviso á vuestras doncellas?

—No hay necesidad: yo llamaré si las necesito.

El capitán hizo una última cortesía, y salió.

* * *

—Aquí hay un misterio: murmuraba mientras atravesaba las dos ó tres habitaciones que separaban la suya de la de Sahara: aquí hay un misterio, y es preciso aclararlo cuanto antes: mañana sería tal vez tarde.

Llegó á la puerta de su gabinete despidiendo á los dos pajes que le esperaban en ambos lados de ella, y les dió orden que no se le interrumpiese, ni se le llamase por nada.

Penetró en el gabinete, y se desnudó de las ropas de corte. Abrió un armario y sacó de él un gran ropón negro semejante á una toga que le cubria desde los hombros hasta los pies.

Perfectamente: dijo: mirándose á una luna de Venecia: pero ahora falta hacer desaparecer

este pelo rojo que me denunciaria; y abriendo una caja de roble sacó de ella una redoma que vació en la aljofaina. Mojó en aquel líquido un peine, y á la tercera vez que lo pasó por su cabellera y barba, tomaron ambas un tinte violeta que al secarse se convirtió en negro.

Ajustó á su cabeza un birrete del mismo color, y completó el traje con una máscara de terciopelo.

Despues levantó uno de los tapices que cubrian su estancia tras los que habia un gran estante. Tocó un botón, y se abrió una puerta perfectamente disimulada en las ensambladuras: pero al ir á penetrar por ella volvió pie atrás.

—Se me olvidaba lo mejor: murmuró, y dirigiéndose á una panoplia, tomó de ella un puñal triangular de un pie de largo, y tan delgado como una aguja de ensalmar.

Provó su temple apoyando la punta sobre la mesa, y apretando y doblándolo hasta hacer de él un arco.

Era un arma terrible contra la que no servian cotas de malla: á no ser las finisimas de Milan, y estas no las poseian sino los potentados, que podian pagar por una, cinco ó seis mil florines.

Pedrarias metió su puñal en una vaina de piel de jabalí guarnecida de plata, y lo escondió en su pecho.

Apagó la luz: se oyó el chasquido que produjo el resorte de la puerta secreta, y pocos instantes despues, hubiera podido verse en el jardín una sombra silenciosa que se deslizó hasta la tápia: abrió una puerta y se perdió entre las sombras de la noche en direccion del palacio de Val-de-Noto.

En aquel mismo instante, un bulto negro pasó desde las ramas de uno de los limoneros que creian en el jardín, á la tápia que le circundaba.

Desde allí saltó á la calle con la agilidad que pudiera hacerlo un mono, y echó tras la sombra que pocos instantes antes habia traspasado la puerta del jardín.

Cuando las sombras de la noche se fueron disipando á medida que se entraba en el círculo de luz que irradiaba del palacio de Val-de-Noto, hubiera podido verse un máscara disfrazado con el negro y largo ropón de los Senadores venecianos, y á pocos pasos de él, otro con el de «Sbirro» del Consejo de los «Diez».

Entre tanto Sahara yacia en el diván, dejando vagar su imaginacion por los acontecimientos de su vida pasada.

La época en que vivia era de supersticion. Se creia en la astrologia judiciaria, en la nigromancia, en los duendes, brujas, trasgos, incubos y séculos.

Micer-Codro habia muerto, era verdad: en un calabozo del Santo Oficio; su cadáver habia sido quemado en la hoguera, y sus cenizas aventadas: pero la inquisicion le habia sentenciado además de los crimines de asesinato, por hechicería y por ejercer la magia evocando al diablo valiéndose de sortilegios.

Habia muerto inocente é impenitente: su alma condenada ardería por toda una eternidad en el infierno: Pero si efectivamente era un incubo como el tribunal de la Fé, habia declarado, podia dejar la sucesion infernal para hacer nuevas víctimas.

Sahara, sin embargo, no creia nada de esto. Educada en el viejo cosularion de la Torre de Roboan, habia permanecido alejada del mundo en que se daba crédito á tales consejas.

No creia que el polvo impalpable del que un día fué Micer-Codro, pudiese por medio de ningun arte diabólico, volver á constituirse, y ser animado; pero habian sido tan inesperadas, tan exabruptas las contestaciones del enmascarado, habia presentado de tal modo á su imaginacion su horrible suplicio de aquel tiempo, que no fué dueña de si misma.

Despues, no quiso volver á la fiesta: por que tras la conversacion con el enmascarado prevenía algo de funesto.

Nada tenía que temer, porque era inocente: y tenía que temerlo todo, porque aquel enmascarado sabia que la brillante Sahara de Napoles, era la Judía acusada de envenenamiento á su bienhechor, y escapada de la carcel de Madrid, hacia cinco años: porque Sahara ig-

noraba el drama que habia tenido lugar en la carcel, momentos antes de su evasion.

Es decir: la muerte del ventero de los tres Reyes Godos, las declaraciones que habian aparecido en su calabozo y la locura de la ventera.

Pedrarias se habia guardado de decirle nada.

Cuando momentos antes le hemos visto próximo á hablar, al decirle Sahara que una pobre Judía arrebatada al verdugo, no podia ser otra cosa que esclava suya, tubo intenciones de confesarla sabia su inocencia: pero temió, como habia temido siempre, que aquella mujer se desligase de él para siempre, y le habia costado muy cara.

Le habia costado hasta el crimen.

Cerca de media hora trascurrió sin que Sahara se moviese de la postura en que la habia dejado Pedrarias.

Al cabo de ella, salió de su profunda meditacion con un hondo y ruidoso suspiro.

—No se quien podrá ser, murmuró levantándose, ni lo que quiere, ni á donde piensa ir con esas revelaciones.

—De todos modos, continuó, mientras se desprendia de los hombros el negro manto que la habia servido de abrigo para salir de palacio, de todos modos, cualquier cosa es preferible á vivir en este suplicio.

Y arrojando sobre el diván el manto desabrochó de su cintura el cínculo de oro que sujetaba su pequeña escarcela, de finisimo raso blanco bordada de perlería.

Al tocarla, sintió dentro de ella, un cuerpo resistente al tacto.

Por un momento se quedó suspensa, pensando que habia metido allí.

Despues, introdujo sus afilados dedos, y sacó un pergamino enrollado.

—¿Qué es esto? murmuró: y se acercó á la bujía: pero sin atreverse á desenrollar aquel pergamino que una mano misteriosa habia introducido en la escarcela.

Por fin, lo mismo que el que tiene miedo á entrar en el agua, se arroja á ella de repente en vez de hacerlo poco á poco, desenrolló el pergamino con mano febril, y leyó lo siguiente.—«Vuestro nombre es Sahara: y sois hija de D. Enrique Tellez de Avendaño noble alcaide de Niebla: los tribunales de Castilla os declararon inocente de la muerte del doctor Fabricius.

Sahara cayó de rodillas elevando los ojos al cielo, mientras sus lábios murmuraban una oracion.

En aquel instante penetraba en el palacio de Val-de-Noto, el capitán Pedrarias con el disfraz de Senador Veneciano, y pocos pasos detrás, el Sbirro que le espiaba.

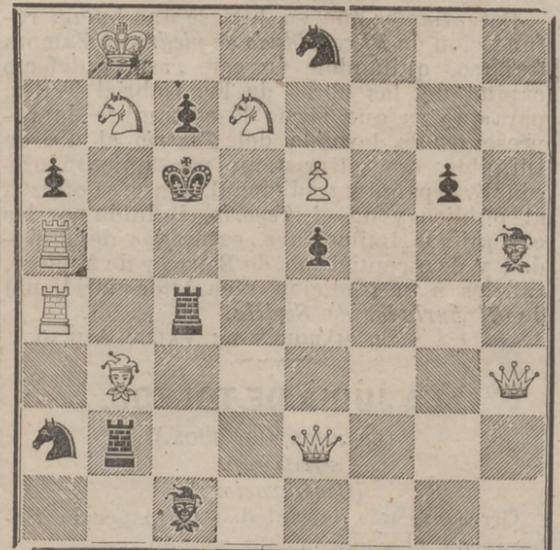
(Se continuará.)

VAZQUEZ DE ALDANA.

AJEDREZ.

PROBLEMA NÚM. 19.

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCION AL PROBLEMA NÚM. 18.

BLANCAS.

NEGRAS.

- | | |
|--------------------------|---------------------------|
| 1.ª—C. 6.ª D. | 1.ª—R. toma C. |
| 2.ª—T. casilla D. | 2.ª—R.ª 3.ª CD. ó 3.ª R.ª |
| 3.ª—T. c. C. D. ó c. R.ª | 3.ª—R.ª juega. |
| 4.ª—T. mate. | |

Imp. de EL ORIENTE, Magallanes n.º 32.

TEXTO Francisco gravado de su obra (C. Fr. José pulcro, les.—B. Rmo. Sr. Obispo lico del —La A. el Dr. N. Del Ori. Pintor, Los Tra. —La Ju. tórica (Antonio V. Solucion GRABA mes, P. rate tu de Wh

REV No revis por q desde estan Manil ¡Na VV. q y qu ples misse mos n llo de cion traba lo hag Se y na prepa mient vincia que comu